

V. DE ARANA

J A U N Z U R I A

EL CAUDILLO BLANCO

915 6000

JAUN ZURIA

6

EL CAUDILLO BLANCO.

H- 45176
R- 46152

DTV
22910

JAUN ZURIA
ó
EL CAUDILLO BLANCO

LEYENDA HISTÓRICA
ORIGINAL DEL SIGLO IX.

POR
Vicente de Arana,

AUTOR DE
*D. Lope de Murelaya, Oro y Oropel,
Los últimos Iberos, etc. etc. etc.*



IMPRENTA
DE LA REVISTA DE VIZCAYA
1887



PRIMERA PARTE.

La fiesta del plenilunio.



ra en el solsticio estival; en aquella deliciosa estacion en que el sol, llegado al signo de Cáncer, nos dá los dias más largos y más hermosos, y las noches más cortas y más templadas; estacion sagrada para los antiguos *enskaldunas* (1), que constantemente celebraban en ella sus más renombradas fiestas nacionales y la eleccion de sus magistrados y de sus caudillos.

El astro-rey se había puesto, dejando tras si lindisimos celajes de púrpura y oro, que poco á poco iban perdiendo su brillo y tomando un tinte plumizo, y poco á poco las sombras iban reemplazando á la luz del dia. El cielo estaba casi enteramente despejado; rendido de fatiga el viento había cesado de

(1) Vascongados.

soplar, y el aire se hallaba en completa calma: todo hacia esperar una noche apacible y hermosa.

El vigía de la casa-fuerte de Gantégviz, apoyado en una almena de la torre de la Atalaya, contemplaba tristemente el deleitoso valle y las hileras de elevadas montañas que lo limitaban por todas partes, formando á manera de un inmenso anfiteatro. Entre todas ellas descollaba el cónico Ereñozar, cuyas pendientes laderas, pobladas entonces como ahora de frondosos encinos, parecían á lo lejos cubiertas de corta y enmarañadísima barba de color verdinegro. En lo más profundo del valle, en las pantanosas vegas que hoy en parte se han desecado dedicándolas al cultivo, veíase el sinuoso río de Mundaca, semejante á gigantesca serpiente de argentadas escamas, y divisábase también á la cabeza del valle y asentada en la falda del Cosnoaga, la famosa colina donde se alza el santo árbol de Guernica, simbolo de nuestra antigua libertad.

Triste estaba el vigía de la casa-fuerte de Gantégviz, porque su mala estrella, condenándole á permanecer en lo alto de la torre, no le permitía tomar parte en la grande y alegre fiesta que se preparaba, y que aquella misma noche se iba á celebrar en honor del esforzado y justiciero Lope Fruiz (1), señor de Montalban y merino mayor de Busturia.

Este insigne varon era amadisimo de los vizcainos, que en él veían reproducirse las brillantes

(1) Las crónicas le llaman también Fruiz Lopez, y Lope de Vizcaya.

cualidades y las egregias virtudes que habian distinguido á sus héroes más famosos: la bondad de Lelo, la constancia de Indartia, la sabiduria de Lekobide, el ardor bélico de Lartann, la prudencia de Ozmin, la elocuencia de Froom, y la sublime abnegacion de Andeka, muerto gloriosamente en la luctuosa batalla de Guadalete. Lope Fruiz era el idolo de los vizcainos, y por eso estos, deseosos de darle una señalada muestra de su cariño y veneracion, habian determinado celebrar en honor suyo una fiesta semejante á las antiguas fiestas del plenilunio, caidas en desuso hacia muchos siglos.

La fiesta debía celebrarse al pié del gigantesco y puntiagudo Ereñózar, en el lugar mismo en que hoy se alzan las pueblas de Arteaga y de Cortézubi rodeadas de hermosos campos donde verdea el maiz y amarillea el trigo, donde la vid muestra sus hermosos racimos, y donde el cerezo, el manzano y otros árboles ofrecen deliciosos y refrigerantes frutos. En aquel tiempo no habia allí mas que un magnifico bosque de centenarios robles y gigantes hayas, un viejo santuario y tres ó cuatro casas aisladas, todas de humilde aspecto si se exceptúa la casa fuerte de Gantéguiz, en cuya alta torre lamentaba el vigia su mala estrella.

Como se hacia cuando algun invasor amenazaba el territorio y era preciso aprestarse á la defensa, ó cuando se trataba de convocar á los vizcainos á junta general so el árbol de Guernica, habianse tañido las cinco bocinas en las elevadas cumbres de Oiz, Gorbea, Sollube, Colisa y Ganecogorta, y obedecien-

do al llamamiento, una gran multitud compuesta de hombres, mujeres y niños de todas clases y condiciones habia acudido en tropel al bosque de Arteaga, ganosa de tomar parte en la fiesta y de honrar con su presencia al insigne merino de Busturia. Por eso el bosque, de ordinario silencioso y triste, presenta ahora tan animado aspecto; por eso los mirlos y los ruiseñores han huido asustados al encinar de la vecina montaña, y en lugar de sus melifluos cantos se escuchan las canciones de los mancebos, las frescas y argentinas risas de las doncellas, los alegres gritos de los niños, y el grave y reposado hablar de los ancianos.

No lejos del tablado erigido para los bardos, y en el que estos iban á presentarse para dejar oír sus improvisaciones, veíase una larguísima mesa en la cual debían cenar las personas mas distinguidas, mientras que la multitud tendria que acomodarse como pudiera sobre la hierba. A lo largo de la mesa se habian colocado toscos bancos de roble, y á cada extremo de la misma veíase un gran sitial, uno de los cuales estaba destinado á Lope Fruiz. El otro, que era más elevado, debía permanecer vacío, pues sólo el caudillo ó señor de Vizcaya podia sentarse en él, y Vizcaya no se habia dado todavía un caudillo que remplazara al inolvidable Cenon, muerto alevosamente en Oviedo, corte del rey Don Alfonso III el Magno.

Grandes eran los preparativos que para el banquete se estaban haciendo. Por todas partes se veían brillantes hogueras en las que se asaban cabritos y venados, carneros y terneras, bien cebadas aves de

corral y hermosos peces arrebatados al mar de Vizcaya; los poco expertos cocineros de aquella época condimentaban las legumbres y hortalizas de la estación y las truchas, las bermejuelas, las anguilas de nuestros ríos, y cocían á millares los sabrosos langostinos que tanto abundan en ellos, mientras que manos más blancas preparaban pastas, confituras y otras golosinas para los postres. Arrimados á los troncos de los árboles había multitud de grandes odres repletos de vino y sidra, como mudos espectadores de la fiesta, á la que más tarde debían dar mayor animación y alegría, derramando para ello generosamente su propia sangre.

Como dejamos dicho más arriba, había allí gente de todas clases, de todas condiciones. Los pacíficos carboneros de la montaña se codeaban con los mesnaderos de los grandes señores; los rudos ferrones departían con los no ménos rudos pescadores y marinos de la costa; y mezclados con los humildes labradores se veían los más ricos y poderosos caballeros, los representantes de los primeros linajes, y los insignes varones encargados del gobierno supremo del Señorío. Además, como casi todos los presentes habían concurrido á la fiesta acompañados de sus esposas é hijos, estaban allí las más encopetadas damas y las mujeres más humildes, las más hermosas y garridas doncellas, y los más bellos niños de la comarca. Júzguese, pues, cuáles serían la animación y el bullicio que reinaban en el bosque de Arteaga.

Por todas partes se veían jabalinas, azconas, azagayas y otras armas arrojadizas, sendos arcos

apoyados en los troncos de los robles y de las hayas, lanzas clavadas en el suelo, escudos suspendidos de las lanzas y de las ramas de los árboles. El famoso capitán Lope de Minxaca, ó Meñaca, señor de la torre de su nombre, tenía allí su escudo de azur en el que se ostentaba un lobo de plata, un flanco de oro, y ondas de sinople en la campaña. Junto á este escudo estaban el de Ruy de Solagoiti que era de sinople con una torre de oro, y el de Pedro de Olea, de oro con un gran sol brillando sobre ondas de azur. Ivan de Meacaur había traído un escudo pintado de sinople y en él un dragon de oro y un leon de lo mismo, mientras que el escudo de Leonel de Marañon ostentaba en campo de azur una torre de plata y cinco flores de lis de oro. Veíanse también allí las llaves en sotuer, los lobos pasantes y la cruz de plata de Billela, la torre de oro de Solarte, y las fajas de gules de Zumelzu; y junto al escudo del jóven Reinaldo de Zia, que era de oro con dos lobos de sable y bordura de gules con ocho aspás de oro, se veía el de su camarada Gracian de Lebario, escudo enteramente liso y sin empresa alguna, pero en el cual se ostentarian, andando el tiempo, las cadenas en sotuer y las cuatro brillantes estrellas.

El resplandor que precede á la salida de la luna iba aumentando rápidamente, é indicaba que muy pronto se dejaria ver en todo su esplendor la bella reina de la noche. Por eso los bardos subieron al tablado, y por eso Lope Fruiz fué á sentarse en el sitial que debia ocupar durante la cena, para

escuchar más comodamente las improvisaciones de aquellos. En torno del merino mayor de Busturia y de su hijo el gallardo Lope Fortun, apellidado *el Blanco*, por la extraordinaria blancura de su rostro, y por la blanca sobrevesta que constantemente llevaba sobre las armas, se agruparon los otros cuatro merinos de Vizcaya, el presuntuoso Sancho de Zaldube, pariente de Cenon, Garcia de Noreña señor de la torre de Gautéguiiz (1), y otros muchos caballeros con sus mujeres é hijos. No estaba presente la esposa de Lope Frniz, que habia quedado en su palacio de Altamira, en Mundaca, cuidando sus plantas y sus flores, á las que tenia singular afición; pero en cambio veíanse allí hembras tan principales como la hermosa Iñiga, hija de Cenon, esposa de Lope Fortun y hermana de la esposa del rey de Navarra; la renombrada Marina de Arandoño, sobrina del merino mayor, y una de las doncellas más hermosas de Vizcaya, y la no ménos bella Alba de Zamudio, con quien Sancho de Zaldube se habia casado por despecho viéndose desdeñado por Iñiga.

Si la luna quisiera retrasar algun tanto su salida, complaciérame yo en pintar una por una las personas todas de aquel hermoso grupo, y en dar de ellas todas las noticias posibles; pero como el astro de la noche no puede, aunque quisiera, detenerse, y como

(1) El mismo que más adelante fundó la casa-fuerte de Arteaga, de la cual procede D.^a Eugenia de Guzman, condesa de Teba y ex-emperatriz de los Franceses, quien en 1857 la hizo reedificar á sus expensas.

la fiesta va à empezar, me limitarè à llamar la atencion del lector hácia el hermoso mancebo que se halla al lado de Lope Fortun, de quien es compañero inseparable. Su semblante triste y pensativo inspira profundo interés, y despierta vehementísimo deseo de saber su nombre y la historia de su infortunio. Desgraciadamente, nadie la sabe y nadie por consiguiente podría contárnosla. Sábese tan solo que es extranjero y que se llama Rodolfo; que nació en la hermosísima tierra de Snabia, à la orilla del Danubio; que una grande, una inmensa desgracia le obligó à dejar su pais natal; y que, errando à la ventura de provincia en provincia y de reino en reino, llegó à Vizcaya donde la amistad de Lope Fortun le ha detenido.

Pero la luna va à salir, y todas las miradas se fijan en el tablado donde se hallan los bardos. Estos, que son tres ancianos de aspecto venerable y de luenga barba blanca, están en pié con el rostro vuelto à Oriente, y con los brazos cruzados sobre el pecho, como pidiendo inspiracion al soberano *Jaungoikoa* (1):

Por fin la luna asomó su hermoso disco por detrás de los montes, y un general murmullo de satisfaccion resonó en el bosque. En el mismo instante, el más anciano de los bardos, extendiendo los brazos hácia el luminar de la noche, habló, segun dicen, de esta suerte:

(1) *Jaungoikoa* significa el buen señor de lo alto, y es el nombre que dán à Dios los euskaros ó vascongados.

— «¡Salve, oh luna! ¡Astro amado de los enskaros!
¡Viajera incansable que sin un momento de reposo
giras eternamente en torno nuestro! ¡oh tú, que
durante tantos siglos has presidido las fiestas de
nuestros mayores! ¡que tu viaje sea feliz, que los
monstruos que en las noches tempestuosas surcan el
espacio no se atraviesen en tu camino, que el excel-
so *Betikoa* (1), no aparte jamás de ti sus amorosos
ojos, y que ni la más pequeña nube nos prive por un
solo instante de tu dulce resplandor!

» ¡Oh astro de los tristes, de los desgraciados, de
los que no pudiendo soportar la alegría, el bullicio
y el esplendor del día esperan impacientes la llega-
da de la noche con sus sombras, con su soledad, con
su silencio! ¡No permitas que haya hoy aquí ni un so-
lo corazón triste! ¡Que los efluvios de luz que parten
de tu redonda y anchurosa faz disipen las sombras
de nuestra alma, para que, llenos de animación y de
alegría, honremos dignamente á nuestro muy amado
Lope Fruiz, al esforzado y justiciero señor de Mon-
talban! »

El bardo se detuvo un momento. Luego continuó:

— «No siempre ha sido Lope Fruiz el dechado de
todas las virtudes, y el idolo de nuestro pueblo. Cier-
to es que en sus primeros años á cuantos le conocían
encantaba por la bondad de su corazón y por la dul-
zura de su carácter; cierto es que de él se decía en-
tonces, y no sin razón, que era tan tierno y compa-
sivo como la más sensible doncella.

(1) El Eterno.

»Pero un día, los enemigos de su familia, que ya habían vencido y muerto á su noble padre, penetraron tras largo asedio en el castillo de Montalban, y allí, despues de maniatar al hijo, dieron en su presencia cruel muerte á la madre. Aquella horrible escena enloqueció á Lope Fruiz, y le trocó, de manso corderillo, en un lobo feroz y sin entrañas.

»¿Quién no sabe como, habiendo logrado evadirse del inmundo calabozo en que le habian sumergido sus enemigos, reunió en poco tiempo gran número de parciales, y fué el terror, no solo de los matadores de su madre, sino de toda la comarca? Bien pronto reconquistó las casas y las tierras de sus mayores; bien pronto se vió ondear su temido estandarte en la alta torre de Montalban. Temianle entonces en el pais como jamás han temido los vizcaínos á hombre alguno.

»Si; Lope Fruiz no ha sido siempre el dechado de todas las virtudes, y el idolo de nuestro pueblo. Hubo un tiempo en que su nombre, hoy tan querido, era pronunciado con terror por todos nosotros. Hubo un tiempo en que Lope Fruiz, que despues tantas veces ha combatido gloriosamente por su pátria, no salia de su inexpugnable torre de Montalban (1) como no

(1) Esta torre, fundada en el siglo VIII y reedificada en el XV, subsiste todavía en la anteiglesia de Arrázua, en la cumbre de una pendiente montaña semi-cónica. Estuvo circuida de un alto y espeso muro con troneras para artilleria, y se cuenta que cuando en ellas se pusieron los primeros cañones, cosa aun desconocida en Vizcaya, el

fuera para llevar por todas partes el espanto y la devastacion. Sus vecinos vivian en continua alarma, y ni de dia ni de noche podian tranquilamente entregarse al reposo.

»Otras veces Lope Fruiz aprestaba sus gallardas naves, y lanzándose al mar atacaba las naves que encontraba á su paso, y las echaba á pique despues de apoderarse de los tesoros que conducian, ó desembarcando en alguna costa entraba en los pueblos á sangre y fuego, pillando y matando sin misericordia. Jamás corsario tan terrible surcó las ondas del proceloso mar de Vizcaya.

»Una vez, el señor de Montalban, cuya audacia aumentaba de dia en dia, desembarcó con sus desapoderados compañeros en las lejanas costas de Escocia, y robando á la hermosisima Maria, hija de Donald V, rey de aquella tierra, la condujo á su nave, y haciéndose á la vela, la trajo consigo á Vizcaya, á su torre de Montalban.

»Maria, la esbelta y airosa hija del Norte, era bella como los ángeles. Su rostro era blanco y sonrosado, dorados los cabellos, despejada la frente, recta la nariz, bien arqueadas las cejas, azules y rasgados los ojos. Su boca, hecha para besar, tenia un encanto irresistible.

señor de la torre quiso probar su alcance y mandó disparar uno de ellos apuntando á la torre de Barrutia, á la hora en que los moradores de esta acostumbraban á cenar. La bala fué á dar en la mesa en que comían; pero afortunadamente el señor de Barrutia, su esposa y sus hijos quedaron ilesos, aunque con el susto que es de suponer.

»No es, pues, maravilla que Lope Fruiz se prendara de ella, y que por la fuerza de su amor, por el deseo de agradarla, y más que todo por el poderoso ascendiente de la bondad y de la virtud, el lobo feroz se trocara en manso cordero.

»Pero María no le escuchaba, María permanecía insensible á su amor y no quería aceptar su mano: solo le rogaba que la restituyera á su amado país, que la devolviera á sus desconsolados padres. Tanto suplicó, tanto lloró la infeliz, que al fin el señor de Montalban, profundamente compadecido, deseoso de devolverla la perdida felicidad, y ansiando además ganar su estimacion ya que no le era dado obtener su amor, hizóse á la vela con ella para conducirla á su pátria.

»Durante la travesía, Lope Fruiz se mostró obsequioso y rendido como siempre, pero ni una sola vez la importunó con amorosas protestas. El único desahogo del infeliz era llorar á solas su mala ventura; y ella que veía aquel profundo amor, aquella tristeza infinita, sentia ablandarse su corazón, como se ablanda y se derrite la nieve con las lágrimas de las nubes y con los gemidos del viento.

»Una noche, una noche negra y triste, una noche sin luna y sin estrellas, Lope Fruiz, apoyado en la regala de su airosa nave, lloraba amargamente su infortunio, y creyéndose sólo dejaba oír palabras entrecortadas por los sollozos. No era fácil de entender lo que decía; pero hablaba de su amada, y continuamente repetía su dulce nombre.

»Hacia algunos momentos que María, que aquella

noche no podía dormir, se habia acercado á él, y estaba escuchándole. La emocion de la jóven era visible. Temblaba como la hoja agitada por el viento, su corazon latía violentamente, las lágrimas surcaban sus mejillas. Por fin, la doncella, vencida por la emocion gritó:

—¡Oh, Lope! ¡No llores más! ¡Yo te amo!

»Lope Fruiz se volvió lanzando un grito indescriptible; grito de sorpresa, de alegría, de embriaguez, y se arrojó á los piés de la jóven.

—Vuelve hácia España la proa de tus naves, Lope; llévame á tu torre de Vizcaya, pues quiero ser tu esposa y no apartarme de ti jamás.

«De allí enviaremos á mis padres noticias mías, para que cesen de llorarme; para que sepan que vivo, que no les olvido, y que soy feliz.»

»¿Hay que decir que Lope se apresuró á obedecer? En el mismo instante, los vientos, como subyugados por tanto amor, empezaron á soplar hácia el Sur, y ayudaron á los remeros hinchando las velas y empujando suavemente á las naves hácia la costa de Cantábria ¿Quién será capaz de cantar dignamente las alegres bodas de Lope Fruiz y de la hermosa María, la inalterable felicidad de los cónyuges, las excelsas virtudes que el ejemplo de María ha hecho nacer en el pecho de su esposo, y los altos hechos del egregio señor de Montalban?

«Su delicada salud no ha permitido á la noble María honrar con su presencia esta alegre fiesta: cuidando de sus pájaros y de sus flores ha quedado en su palacio de Altamira, en Mundaka. ¡Salúdala

en nuestro nombre, oh luna! Baña con tu suave resplandor su bello y bondadoso rostro, é inunda de alegría su nobilísimo corazón!»

Calló el bardo, y la multitud, entusiasmada, aplaudió ruidosisimamente.

Luego el segundo bardo hizo el elogio de Lope Fruiz, y con espontánea y arrebatadora elocuencia narró sus más memorables hazañas; pero no pondremos aquí sus palabras por no alargar demasiado este verídico relato.

El tercero y último de los bardos empezó por cantar un himno en loor de Lope Fruiz, himno cuyo estrambote, conocido de todos, fué acompañado en coro por la multitud; y luego, después de un momento de reposo, habló en estos ó parecidos términos: «Desde que el perinclito Pelayo que cuando la caída del imperio godo se refugió en nuestras montañas, enarboló en Covadonga la enseña de la Cruz, los vizcainos, que le conocían, y le amaban, le ayudaron en todas sus empresas contra los moros, y lo mismo hicieron con sus descendientes en el trono, pues tan ardientemente como ellos deseaban arrojar de España á los africanos.

»Tantos y tan estrechos vinculos nos unían á los reyes de Oviedo, que parecia que nuestra amistad y alianza con ellos nunca debía romperse. Alonso I el Católico era vizcaíno, y del linaje de nuestros caudillos; esposa de nuestra raza tomó don Fruela, padre de Alonso el Casto, y aquí encontraron asilo este monarca y algunos sucesores suyos, cuando los grandes del reino, ó sus propios deudos, se rebelaron contra ellos.

»El mismo monarca que hoy reina en Oviedo, el mismo Alonso III à quien sus súbditos apellidan el Magno, estuvo en otro tiempo refugiado entre nosotros y entre nuestros hermanos de Alava, por miedo al rebelde D. Fruela. ¿Qué no hicieron entonces por él nuestro amado Cenon, y Eylon, caudillo de los alaveses?

»Sin embargo, poco tiempo despues, como el monarca asturiano deseaba apoderarse de sus estados, el malaventurado Eylon fué atraído con halagos à la corte de Oviedo y encarcelado en ella como un malhechor. Saberlo Cenon y encaminarse à Oviedo à pedir que fuera puesto en libertad fué todo uno. Pero ¡oh desgracia! Para cuando el caudillo de Vizcaya llegó à aquella corte, ya Eylon habia sido bárbaramente asesinado en su prision.

El rey, que, dicho sea en honor suyo, no habia, tenido parte alguna en tan horrible asesinato recibió à Cenon afectuosísimamente, le colmó de atenciones y de honores, y à fuerza de ruegos le obligó à permanecer algun tiempo en su corte.

»Cada vez más prendado del señor de Vizcaya, dábale D. Alonso continuas muestras de su estimacion. Tal fué la causa de su ruina, pues envidiosos los condes Arias y Unbaldo de verle privar con el rey, hicieron juramento de perderle, y por medio de infames calumnias lograron hacer creer al noble, pero demasiado crédulo monarca, que Cenon conspiraba para arrebatarle la corona.

»El caudillo de los vizcainos fué, pues, encerrado en una lóbrega mazmorra, y poco despues villana y

alevosamente asesinado en ella por los condes.

»Desde entonces Vizcaya está huérfana de señor y de caudillo. En vano los vizcainos congregados so el roble de Guernica quisieron elegir á Lope Fruiz; el señor de Montalban no quiso aceptar honra tan merecida.

—Lo que ante todo importa—dijo—es vengar la muerte de Cenon. Autorizad á los vizcainos todos á hostilizar al rey de Oviedo (1) á hacer irrupciones en sus estados, y á apoderarse de las ciudades fronterizas. El que más se distinga en esa guerra será el más digno de recibir el titulo de caudillo y señor de Vizcaya.

»La asamblea hizo lo que el señor de Montalban aconsejaba, y desde entonces los vizcainos todos, animados por la sed de gloria y de venganza, y estimulados por el premio ofrecido, hicieron cruda guerra á D. Alonso, invadiendo los territorios fronterizos y exigiendo en ellos cuantiosos tributos.

»El que hasta ahora más se ha distinguido en esta guerra es el gallardo hijo de Lope Fruiz, el noble Lope Fortun, llamado Zuria (2) por la extremada blancura de su rostro, blancura que ha

(1) El primer rey que tomó el titulo de rey de Leon fué Ordoño II. Se equivocan, pues, los que llaman rey de Leon á D. Alonso III el Magno.

Algun escritor pone la muerte de Cenon en el reinado de Alonso I, y no falta tampoco quien la ponga en el de Sancho el Craso. pero tan insostenible es lo uno como lo otro.

(2) El blanco.

heredado de su hermosa madre. Zuria ha vencido á los asturianos en todos los encuentros, y su solo nombre basta ya para sembrar el espanto en las huestes enemigas.

»¿Quién, pues, más digno que él de ser nuestro caudillo? Hijo de Lope Fruiz y casado con Iñiga, hija de Cenon, por las venas de sus hijos correrán mezcladas la sangre del egregio señor de Montalban y la de nuestros antiguos y preclaros caudillos.

»El ha sabido captarse todas las voluntades, y ya todos le designan para suceder á Cenon. Es, pues, seguro que cuando la asamblea se reuna será por ella aclamado señor de Vizcaya. El jóven se ha hecho acreedor á tan alto premio, y además, de ninguna manera pueden los vizcainos honrar mejor á su ilustre padre Lope Fruiz, señor de Montalban y merino mayor de Busturia.»

Dichas estas palabras, el bardo bajó del tablado con sus compañeros, en medio de las aclamaciones de la multitud.

Mas no en todos los corazones habian resonado de un modo grato las nobles palabras del anciano. Al oirlas se estremeció de coraje Sancho de Zaldube, el ambicioso pariente de Cenon, que aspiraba al mando supremo y que por eso habia querido casarse con Iñiga, hija de aquel malaventurado caudillo. No hay que añadir que aborrecia con toda su alma á Lope Fortun, pues por él le habia desdeñado la hermosa hija de su pariente.

—Mientras haya un hidalgo de la sangre de Cenon y de Andeka—dijo Sancho con descompuesto

ademan—ningun otro caballero puede ser señor de Vizcaya.

Y al decir esto, el iracundo Sancho apretó los puños y dirigió á Lope Fortun una mirada provocativa, como desafiándole.

—Vizcaya es de los vizcainos,—dijo Zuria sin alterarse.—Ellos elegirán su señor y caudillo, y al que ellos elijan acatarán todos.

Al oír estas palabras, furioso el de Zaldube llevó la mano á la empuñadura de su espada y dió un paso hácia Lope Fortun. Sabe Dios lo que hubiera sucedido á no haberse interpuesto Rodolfo y otros caballeros; pero logróse conjurar la tormenta que había estado á punto de convertir el campo de las fiestas en otro campo de Agramante.

A los cantos y discursos de los ancianos bardos, siguieron los juegos atléticos y marciales; pero poco hemos de decir de ellos, pues una descripción detallada sería enojosa por su proligidad.

Tanto en la lucha como en la carrera Lope Fortun venció á cuantos competidores se le presentaron, así es que el mal humor de Sancho de Zaldube iba en aumento, y tenía inquietos á todos los que conocían su violentísimo caracter, y principalmente á la pobre Alba de Zamudio, que bien á su costa había llegado á saber qué clase de hombre era su esposo. También Marina de Arandoño estaba inquieta, pero, en lugar de dejarlo ver, trataba aunque en vano de tranquilizar á la esposa de su primo Zuria. Iníga tenía un miedo mortal; un fatal presentimiento oprimía su tierno corazón.

—¿Veis ese color rojizo de la luna?—dijo Rodolfo á Lope Fortun—¿No dicen aquí que ese color del *luminar de los muertos* (1) es presagio de escenas de sangre? Pues tampoco augura nada bueno el encendido rostro del señor de Zaldube. Temo que la fiesta termine mal.

—Ese infeliz está loco—contestó Zuria.—Aspira á ser señor de Vizcaya, y como vá perdiendo la esperanza de ser elegido, eso le ha trastornado la cabeza. ¿Qué importa que sea del linage de Andeka, y por ende pariente de Cenon? Aun cuando fuese hijo de Cenon mismo ¿podrían los vizcainos tomarle por señor? Para el de Zaldube no hay ni ha habido jamás otra ley que la violencia y el terror. En continúa discordia con sus vecinos y hasta con sus deudos, siempre con las armas en la mano, siempre tratando de esclavizar á todos ¿qué sería de Vizcaya si él llegase á ser su señor y caudillo? Los vizcainos no elegirán jamás á quien quiere hacerlos esclavos, sino al que quiera y sepa mantenerles libres. ¡Por Santa Maria! Quiero ser y seré señor de Vizcaya, y yo te juro, Rodolfo, que entónces lo pasarán muy mal todos esos tiranuelos que la oprimen.

—Contad conmigo para eso, señor—dijo á esta sazón Ruy de Solagoiti, que habia oido las últimas palabras de Zuria. Este le sonrió afectuosamente.

En aquel momento empezaban á tirar al blanco los más diestros arqueros, y los que más se distinguían en el disparo de la cerbatana, mientras que

(1) Así llaman á la luna en su lengua los vascongados.

allí cerca, famosos esgrimidores llegados de las orillas del Lea, blandían maravillosamente sus tremendos palos, y que más allá se disputaban el premio los más diestros en lanzar la jabalina y la azcona. En todos estos juegos dió brillante muestra de su destreza el gallardo y hermoso Lope Fortun.

En el juego de la barra, que se verificó inmediatamente después, Lope Fortun fué quien la lanzó con mayor soltura y á mas larga distancia, y el hijo del señor de Montalban fué también el que superó a todos en el varonil ejercicio del salto.

Estos sucesivos triunfos de Lope Fortun, que la multitud aplaudía entusiasmada, iban más y más amostazando al de Zaldube, quien renegaba de la fiesta, y del momento en que había determinado acudir á ella. Pero lo que puso el colmo á su irritación fué el desagradabilísimo incidente con que terminaron los juegos en aquella noche memorable.

Entreteníanse algunos jóvenes en lanzar rodando por el suelo grandes bolas de madera semejantes á las que hoy se usan en el conocido *juego de bolos*, y acababa de lanzar una á tan grande distancia el primogénito de Andramendi, que maravillados los espectadores de tan gallarda muestra de soltura y de pujanza, prorrumpieran en ruidosas aclamaciones. Empero Sancho de Zaldube, que en ningún juego era tan diestro como en aquel, y que como es de presumir estaba ganosísimo de hacer olvidar con un brillante alarde de su vigor el desairado papel que hasta entónces había hecho en los juegos, tomó resueltamente una de las bolas que en el suelo yacían,

y fuè á colocarse en el sitio de antemano designado para lanzarlas.

Grande era la expectacion de los concurrentes, y diversos los pareceres acerca del probable resultado de la contienda, pues si bien es verdad que era generalmente conocida la pujanza de Sancho de Zaldube, todos confesaban que el de Andramendi se habia excedido á sí mismo, y eso que no era ni menos diestro, ni menos fuerte que su competidor.

Como si se gozàra en la ansiedad de los mirones, el de Zaldube no se daba prisa á lanzar la bola; pero excitado vivamente por algunos impacientes amigos suyos, lanzóla por fin con admirable brio, y aunque muy poca, obtuvo alguna ventaja sobre el de Andramendi.

Aplaudió la multitud; pero el de Andramendi, que no se daba por vencido, tomó su bola y se disponia á lanzarla de nuevo, cuando algunos espectadores empezaron á pedir á gritos que lanzàra la bola Lope Fortun. Mas éste no se movió, y era que habia acabado por compadecerse de su rival, y se alegraba de verle victorioso en algo.

Pero los gritos redoblaron, y el de Zaldube, exasperado, dejó escapar algunas palabras malsonantes dirigidas á Lope Fortun, quien, por toda respuesta, le lanzó una mirada de desprecio y se adelantó á coger una de las bolas. Mas no se lo permitió Diego de Andramendi, y le alargó la que en la mano tenia.

Deseoso Lope Fortun de concluir cuanto antes, no pensó como su competidor en poner á prueba la paciencia de los espectadores; sino que sin vacilar

un momento lanzó con furia incontrastable la ponderosa bola, que fué á chocar con la de Sancho de Zaldube, y la hizo saltar en astillas.

Júzguese cuál sería entónces la cólera del señor de Zaldube, y el entusiasmo de los circunstantes.

Pero los aplausos de la multitud fueron interrumpidos por los alegres acordes del tamboril, de la tibia vasca y de otros instrumentos músicos, que anunciaban que iba á empezar el baile. Y como ésta ha sido siempre la diversion favorita de los vascos, no hay que añadir que todos los presentes corrieron alborozados á tomar parte en ella.

Bailáronse el *ezpata-dantza* ó baile de las espadas, el baile de los broqueles, el de los zarcillos, y todos los demás bailes nacionales, terminando con un grande, solemne y ceremonioso *zortziko* (1) que los mas ilustres señores de la comarca ejecutaron en honor de Lope Fruiz.

La hora del banquete, por algunos ansiosamente esperada, había llegado por fin, y mientras que la multitud se acomodaba como podia sobre el mullido césped, los caballeros y las damas mas principales iban sentándose á la gran mesa de que antes hemos hablado, y á uno de cuyos extremos estaba, en su gran sitial de roble, el egregio señor de Montalban.

(1) Llámase tambien *esku-dantza*, ó baile de las manos, porque los bailarines se presentan asidos de ellas formando una cadena, y *aurresku*, ó primera mano, por el importantísimo papel que en este baile está encomendado al corifeo que lo dirige.

En el sitio que habia al otro extremo de la mesa, sitio mas elevado que el de Lope Fruiz, y que por la muerte de Cenon estaba vacío, fué colocado un gran escudo en el cual se veian en campo de gules cinco torres de plata, y encima de cada una de ellas un hombre tañendo una bocina. Era el escudo de Vizcaya (1), que el valeroso Cenon habia tantas veces gloriosamente manejado en las batallas.

Tristemente empezó la cena de los próceres vizcainos. El vacío sitio del señor de Vizcaya, y el escudo magullado y roto les hicieron pensar en su infeliz caudillo muerto alevosamente en tierra extranjera, y una negra nube de tristeza oscureció todas las frentes. Si exceptuamos á Sancho de Zaldube, demasiado ocupado con sus ambiciosos proyectos para poder pensar en otra cosa, todos los presentes experimentaban entonces una emocion parecida, aunque más ó ménos profunda; todos echaban de menos á Cenon; todos se condolian de su fin

(1) El que aquí se describe es el escudo antiguo, pues el que ahora se usa, y que data del tiempo de Lope Fortun, apellidado *Jauri Zuria* ó sea el *Caudillo Blanco*, primer señor de Vizcaya de la segunda dinastia, es de plata con un roble de cuyo ramaje salen los brazos de una cruz de gules, que es el *lauburu* ó cantabrarío de los primitivos iberos, y al pié del árbol dos lobos pasantes y escorchados, cebados en dos corderos. La bordura es de oro con cinco leones, y ha sido añadida al escudo en tiempo no lejano, pudiendo asegurarse que el que la puso no era fuerte en heráldica.

desastroso, y aunque todos deseaban vengarle, el dolor y la tristeza se sobreponian en aquellos momentos á la sed de venganza. No es, pues, extraño, que hallándose todos en esta situacion de ánimo, la conversacion fuese lánguida y frecuentemente interrumpida.

Pero esto duró poco tiempo. A medida que los manjares iban desapareciendo, y que la sidra y el vino de los odres se iban trasegando á los estómagos, desvaneciase la tristeza de los comensales, se iluminaban sus semblantes y se animaba la conversacion. Mientras que los de espíritu ardiente y belicoso no hablaban más que de combates, los de corazón tierno y enamorado requebraban á las damas; mientras que uno refería una batalla ó las interesantes peripecias de una cacería, otro narraba una historia de amor, y habia tambien no pocos que, igualmente indiferentes al amor, á la guerra y á los otros ejercicios varoniles, si alguna vez daban un corto reposo á sus fuertes mandíbulas y á sus bien humedecidos gaznates, solo era para hablar de otros banquetes en los que no habian ingerido menos viandas ni tomado menos sorbos de sidra y de vino. Alguno á quien las frecuentes libaciones habian trastornado la cabeza, se ponía en pie y con la tosca copa de hierro en la mano, pronunciaba un deshilvanado y disparatadisimo discurso, ó poniase á cantar, con voz vinosa, alguna cancion báquica, amorosa ó marcial, con gran delectacion de los que no habian abusado de los preciosos dones de Baco.

El banquete tocaba á su fin, y las damas, vien-

do los estragos que el vino y la sidra estaban haciendo, habian ya dejado solos á los caballeros, cuando, no se sabe porqué, Sancho de Zaldube se trabó de palabras con Ruy de Solagoiti, y empezó á denostarle asperamente. El de Solagoiti replicaba con viveza y energia, y el pariente de Cenon, que tan furioso estaba contra Lope Fortun, y que no ignoraba el profundo cariño que le tenía el de Solagoiti, trataba de mortificarle zahiriendo maliciosamente al noble hijo del señor de Montalban. Bien sabia Sancho que Lope Fortun, que estaba sentado muy cerca de él, escuchaba atentamente la violenta altercacion y no perdía ni una sílaba de las que salian de sus ponzoñosos labios, pero ¿qué le importaba eso al de Zaldube, que no quería sino dar al traste con su paciencia á fuerza de provocaciones, y venirse con él á las manos?

—Bien se vé,—dijo Ruy de Solagoiti—que ni por un momento olvidais á Lope Fortun. ¡Cuanto debeis quererle! Como pariente de Cenon, sin duda os regocijais de que su hija tenga un esposo de tanta valía, y que, si los vizcaínos quieren, puede un dia dignamente ocupar el altísimo puesto que por la muerte de aquel gran guerrero quedó vacante.

—Bien habeis hecho en decir *si los vizcaínos quieren*,—contestó con voz iracunda el de Zaldube,—pues no es creible que habiendo en Vizcaya un caballero de la sangre de Cenon y de Andeça, quieran los vizcaínos tomar por señor al hijo de un pirata y de una extranjera.

Al oír estas insolentes palabras, Lope Fortun, tré-

mulo de coraje se levantó de un salto, y corrió al de Zaldube con los puños cerrados. Sancho se levantó tambien y se aprestó á recibirle vigorosamente.

Siguió una escena de confusion indescriptible. Todos los caballeros dejaron atropelladamente la mesa, y rodearon á los contendientes. Las damas, atraídas por el ruido llegaron tambien trémulas y despavoridas.

Lope Fortun iba á descargar una tremenda puñada en el rostro de su deslenguado rival, pero afortunadamente para éste, su amigo Rodolfo le sujetó el brazo, tratando al mismo tiempo de calmarle con sus palabras, mientras que otros señores sujetaban tambien á duras penas al de Zaldube, que no parecia ménos irritado.

Intervino entonces Lope Fruiz, y con atinadas razones y persuasivo acento trató de calmar á los dos enfurecidos caballeros. Ahora bien, Sancho de Zaldube, que no ignoraba que la mayoría de los presentes le era hostil, y que, aunque tarde, comprendía que habia cometido una torpeza, cedió pronto á los ruegos del señor de Montalban; pero Zuria, el noble y generoso leon que durante tantas horas habia sufrido magnánimente los continuos ladridos del despreciable gozquecillo de Zaldube, no se aquietó tan fácilmente. Pero, por fin, cuando su padre, dejando el tono de súplica que hasta entonces habia empleado, le dijo con grave y severo acento:—Hijo mio, abraza á Sancho de Zaldube;—yo te lo mando—entonces Lope Fortun, despues de vacilar un instante, y aunque no sin repugnancia, avanzó hácia el de

Zaldube con los brazos abiertos, y los dos enemigos se abrazaron.

Pero no se oyó ni siquiera un aplauso, pues á nadie engañaba aquella forzada reconciliacion; todos tenían un presentimiento fatal, todos estaban seguros de que la sangre tenia que correr, y de que la enemistad de los dos caballeros solo terminaria con la muerte de uno de ellos.

Ya nadie volvió á sentarse á la mesa. Como todos estaban cansados y soñolientos, ya no se ocuparon mas que de ver cómo podian pasar, con la mayor comodidad posible, lo poco que faltaba de la noche y las primeras horas de la mañana, pues la hora era ya muy avanzada, y pronto se vislumbraria por Oriente la blanca luz que precede á la aurora.

El merino mayor de Busturia, y con él las personas mas ancianas y de más delicada salud que habian concurrido á la fiesta, fueron á recogerse en la torre de Garcia de Noreña y en las otras tres ó cuatro casas del contorno, mientras que los demas caballeros con sus esposas é hijos se albergaban en sus tiendas, y que la multitud se tendia sobre el césped sin otro abrigo que sus vestidos y el espeso follaje de los robles y de las hayas. Bien pronto estuvieron todos entregados al sueño; bien pronto no se oyó en la vasta arboleda mas que el lejano ahullido de algun lobo, y los desapacibles ronquidos de la multitud.

Mas no todos dormian en el bosque. No pudiendo conciliar el sueño, Sancho de Zaldube habia salido de su tienda dejando en ella á su esposa y á su tier-



no niño dulcemente dormidos, y apoyado en el tronco de un viejo roble contemplaba el anchuroso rostro de la luna, que, como ya hemos dicho, tenía aquella noche un tinte rojizo.

¿En qué pensaba el pariente de Cenon? ¿En qué pensaba Sancho de Zaldube? ¿Qué era lo que, cuando todos dormían, mantenía abiertos sus ojos y desasegado su corazón?

Pero ¿tenemos necesidad de decirlo? Atormentábale la ambición; la ambición que si á algunos lleva á realizar las acciones más sublimes, las hazañas más portentosas, conduce á otros en cambio á los hechos más viles, á los crímenes más abyectos; pero que á todos roba la tranquilidad, precioso bien que solo acompaña á los que no cifran la felicidad en las riquezas, en la ostentación y en el poderío.

Su desmedida ambición era lo que atormentaba á Sancho de Zaldube. Irritábale el obstáculo insuperable que á la realización de sus planes oponía la siempre creciente popularidad de Lope Fortun, y siniestros proyectos cruzaban su acalorada mente. Entre él y la codiciada meta de sus ambiciosos designios, alzábase la noble y majestuosa figura Lope Fortun, rodeada de una aureola de gloria.

¡Cuán profundamente le aborrecía! La magnanimidad de Lope Fortun, la paciencia con que había soportado sus insolencias durante la fiesta, y el abrazo con que había pagado su grosero ultraje, lejos de calmar al de Zaldube, aumentaban su cólera, porque su ruin corazón, incapaz de nada grande, sentíase más y más humillado, más y más abrasado por la en-

vidia, á medida que Lope Fortun se elevaba en el concepto de todos, no por medio de malas artes, sino simplemente por sus brillantes prendas, por su grandeza de alma, y por sus excelsas virtudes. Pero lo que le irritó más vivamente fué que cuando al entrar en su tienda después de la fiesta, se desató en denuestos contra Lope Fortun, su esposa Alba de Zamudio se atreviera á salir en defensa de éste, y á aconsejarle que se reconciliara con él sinceramente.

—¡Qué roja estás esta noche, oh luna, reina de nuestras fiestas!—decía entre dientes Sancho de Zaldube.—No podrían hoy los vates llamarte pálida, blanca, argentada; fuerza les sería contentarse con celebrar el sanguinolento tinte de tu rostro, presagio cierto, según los ancianos, de escenas de violencia y de matanza. Ese mismo color debias tener la víspera del día en que Zara mató á Lelo (1) en su propio lecho.

Tambien yó estoy, como Zara, sediento de sangre; tambien yó ansio hundir mi puñal en el pecho de Lope Fortun. Sólo á él adoran los vizcaínos; á él quieren alzar sobre el pavés como señor y caudillo de Vizcaya. Por él olvidan que yó soy de la sangre de Andeka y de Endón, por él me desdeñò la bella Iníga, con cuya mano esperaba yó, loco de mi, alcanzar la soberania de esta tierra. Hasta mi misma esposa le admira, le defiende, y aunque no se atreve á decirlo, le juzga sin duda más digno que yó de

(1) Personajes legendarios.

ser caudillo de los vizcaínos. ¿Quién sabe si estará enamorada de él?

Diciendo estas palabras, Sancho llevó la mano á la empuñadura de su puñal, y tal vez sin darse cuenta de ello, y haciendo eses por no tropezar con los que dormían tendidos en el suelo, se dirigió hácia el lugar donde se alzaba la tienda de Lope Fortun, que si la tradición no miente era en el mismo sitio en que hoy se vé la Iglesia parroquial de Santa María de Arteaga.

Al llegar á la tienda de su enemigo, sobre la cuál ondeaba á la luz de la luna el glorioso pendón de Montalban, Sancho se detuvo un momento y escuchó con profunda atención. Completo silencio reinaba tanto en la tienda de Zuría como en las otras dos que había junto á ella, una á cada lado, y en las cuáles se albergaban sus servidores y las doncellas de su esposa. Todos dormían, porque hallándose en paz la comarca, y en la vasta arboleda reunido todo lo mejor y más noble de Vizcaya, nada había que temer.

—¡Duermen!—dijo el de Zaldube con espantosa sonrisa, desnudando al mismo tiempo su puñal, y dando algunos pasos hácia la tienda.

Luego, detúvose de repente, como vacilando; pero como sus ojos se fijáran en el pendón que flotaba sobre la tienda, parece que la vista de aquélla aborrecida insignia le enloqueció por completo, y penetró en la tienda enarbolando su puñal.

Pero ¡ah! los hados perseguían al de Zaldube. Lope Fortun no estaba allí. Al retirarse del banque-

te se habia detenido con su amigo Rodolfo en la tienda de éste, y juntos estaban todavia conversando sobre las ocurrencias de la noche y las contingencias del porvenir.

A la débil luz de la lámpara que iluminaba el interior del pabellón, el de Zaldube vió à la hermosa Iñiga y à su tierno niño, que apénas contaria dos años, dormidos sobre un lecho de pieles. La madre tenia al niño estrechamente abrazado, y sus rostros, juntos todavia, indicaban que besándose se habian quedado dormidos.

No sé como del pecho del malvado Zaldube no saliò un rugido de furor al ver que su rival no estaba allí. Pero hizo un gesto espantoso, y agitó convulsivamente su puñal.

Luégo, se acercó al lecho, y fijó en el hermoso grupo que formaban la madre y el niño, una mirada feróz.

Empero à la expresión de ódio vino à juntarse en seguida otra expresión aún más repugnante. El hermosísimo rostro de Iñiga, su abundante y sedosa cabellera negra, su mórbido cuello, su levantado pecho y sus torneados brazos, despertaron en el de Zaldube un torpe deseo..... Más pronto el ódio se sobrepuso à toda otra pasión. Aquella mujer era la que le habia desdeñado por Lope Fortun; aquél niño era el fruto de sus amores, el hijo del que, en perjuicio suyo, queria ser señor de Vizcaya.

Loco de furor, el desalmado arrancó al tierno niño de los brazos de su madre, y le atravesò con su puñal.

¡Oh! ¿Quién pintará el horrible despertar de la

madre, sus gritos de terror, de cólera, de desesperación? Sancho de Zaldube huyó despavorido; pero ella continuaba dando penetrantes gritos, y estrechando contra su pecho á su adorado hijito, que había muerto sin exhalar ni un gemido.

A los gritos de Iñiga acudieron sus servidores consternados. El de Zaldube fué alcanzado, detenido, y fuertemente agarrotado.

La noticia del horrible asesinato recorrió en pocos instantes la vasta arboleda, y pronto la multitud, horrorizada y anhelante, se amontonó en torno de la tienda de Lope Fortun. Este llegó también en compañía de Rodolfo.

En cuanto vió á su esposo, Iñiga se arrojó en sus brazos llorando, luego volvió otra vez á tenderse sobre el lecho, como una loca, junto al ensangrentado eadáver de su hijo.

Lope Fortun estaba pálido, horrorizado, convulso. Estrechó al pobre niño contra su corazón, besóle repetidas veces, y luego, dejando á su esposa al cuidado de Marina de Arandoño y de otras damas, salió de la tienda seguido de Rodolfo.

El desgraciado padre, ebrio de furor, buscaba al asesino de su hijo, al infame que le había robado lo que más amaba en el mundo.

Verle y precipitarse sobre él puñál en mano, fué todo uno. Pero Rodolfo le detuvo:

—Dejad á ese miserable—le dijo—La justicia le matará. El que ha de ser señor de Vizcaya no debe vengarse como se vengaría un hombre ordinario, ni manchar su puñál con la sangre de un asesino.

Pero en aquel instante un horrible pensamiento cruzó la mente de Lope Fortun.

—¡Tiene un hijo!—gritó—¡También él tiene un hijo!—y diciendo esto, trató de desasirse de los brazos de su amigo.

Mas no faltó entre la multitud quien comprendiendo lo que Lope Fortun queria decir, se apresurara á partir como un rayo en busca del hijo de Sancho de Zaldube.

Entretando Rodolfo se esforzaba por calmar á Zuria, y Marina de Arandoño rodeaba de tiernos cuidados á su desventurada esposa, cuyo estado era alarmante. En aquellos angustiosos momentos fué cuando la noble prima de Lope Fortun hizo voto de convertir en templo su casa-torre de Tabira de Urazango (1), templo que reedificado algunos siglos más tarde, aún existe en aquella noble villa bajo la advocación de Santa María de Uríbarri.

De pronto vióse avanzar por entre la multitud un hombre con un niño en brazos, y seguido de una mujer llorando. La multitud se apartaba para dejarle paso, así es que llegó en breve á donde estaba Lope Fortun, y antes que Rodolfo pudiese impedirlo, le presentó el niño diciendo:

—¡Señor! Aquí teneis el hijo de Sancho de Zaldube

Lope Fortun cogió con la mano izquierda al niño, que tenia poco más de un año, y blandió en la otra mano su puñal con una expresión de salvaje alegría. En aquel mismo instante, Alba de Zamudio,

(1) Nombre antiguo de la villa de Durango.

que había venido siguiendo al robador de su hijo: Alba de Zamudio, con el rostro pálido, demudado, y los cabellos en desorden, se arrojó á los piés del irritado caballero, y abrazó sus rodillas, llorando y pidiendo misericordia para su hijo. En su dolor, la infeliz madre no reparó siquiera en su esposo, á quién á pocos pasos de ella tenían preso y maniatado algunos servidores de Lope Fortun.

Este alzó el puñal para herir al niño, y en el mismo instante, el pobrecito que hasta entónces había estado llorando, se sonrió al ver el brillante puñal, como hubiera sonreído si se le hubiera mostrado un juguete.

Aquella sonrisa desarmó á Lope Fortun.

—No quiero matarte—dijo.—Tu sonrisa de ángel me muestra que en nada te pareces á tu infame padre; que has heredado el noble corazón de Alba de Zamudio.

Pero en aquél instante sus ojos se fijaron por casualidad en Sancho de Zaldube, y la vista de aquél miserable hizo renacer su furor. ¿No había el asesinado á su hijo? Trémulo de corage, Zaria enarboló de nuevo el puñal vengador.

Entónces, Alba de Zamudio que por un momento había creído salvado á su hijo, lanzó un horrible grito y renovó sus patéticos ruegos, á los cuales unió los suyos el noble Rodolfo. En cuanto al de Zaldube, no apartaba del puñal los espantados ojos, pero permanecía silencioso. La multitud, aterrada, no se movía, ni alentaba siquiera.

{ Por fin Zuria cedió á los ruegos de la desconsolada

madre y del fiel amigo, y arrojó el puñal léjos de sí.

—Teneis razón—dijo;—no debo matarle. ¿Qué culpa tiene él del crimen de su padre?

«Sancho de Zaldube ha muerto á mi hijo y queria matarme tambien á mi porque nos temia, porque éramos un obstáculo insuperable para la realización de sus ambiciosos planes.

»¿Pero qué tengo yó que temer, ni qué tienen que temer los míos, del hijo de un miserable como Sancho de Zaldube?

»Sancho de Zaldube ha muerto á mi hijo; pero yó vivo todavía, y engendraré leones que á los animales dañinos como él refrenen y tengan á raya.

»Tomad, señora; tomad vuestro hijo, y cuidad de que no se parezca á su padre.»

Alba de Zamudio tomó el niño y lo estrechó contra su seno, llorando de alegría. Tambien entre la multitud habia entónces pocos que no llorasen.

En aquél momento, Marina de Arandoño vino á llamar á Lope Fortun. Iñiga preguntaba por él y queria verle, pues temia le matasen como habian matado á su hijo.

Lope Fortun se dirigió, pues, hácia su tienda; pero en el momento en que iba á entrar en ella, salió Iñiga y se arrojó en sus brazos sollozando.

Aquella conmovedora escena hizo subir de punto el enternecimiento de la multitud. Hasta los más duros sintieron que se humedecían sus ojos.

En aquél momento llegaba, apoyado en el brazo de Garcia de Noreña, el anciano señor de Montalban.

¡Qué cambiado estaba! Había envejecido veinte años en un momento. Adoraba á su hermoso y alegre nietecillo, y aquél golpe le había anonadado.

Con todo, volvió la cabeza al oír junto á él estas palabras, que salían de un grupo de caballeros:

—En verdad, Lope Fortun merece ser, y será, señor de Vizcaya.



SEGUNDA PARTE.

La batalla de Padura.



la caída de la tarde de un hermoso día de Mayo del año de Cristo 870, y por un tortuoso y asperísimo camino que desde los empinados montes de Oiz descendía hasta la orilla misma del río Durango, atravesaban la barriada de Orobio, de la república de Yúrreta, dos jinetes que á juzgar por su atavío, eran personas muy principales, seguidos á respetuosa distancia por buen número de servidores á pié y á caballo, todos armados hasta los dientes.

Ambos caballeros frisarian en los treinta y cinco ó treinta y seis años, y el parecido que entre ellos había era bastante para que á primera vista se pudiera tomárselos por hermanos, y hasta por mellizos; sin embargo, mientras que uno de ellos, que por cierto era el que estaba más espléndidamente equi-

pado, tenia la barba dorada, blanquisimo el rostro, recta la nariz y castaños los ojos, la barba del otro era bermeja, el rostro encendido, la nariz aguileña y los ojos garzos. Llevaban los dos jinetes sobre la armadura sendas sobrevestas; pero mientras que la del primero, ó sea la del guerrero de los ojos castaños era blanca y primorosamente adornada con galones de púrpura y oro, la del otro era negra y sin adorno alguno.

—Holgárame de saber—dijo el de la blanca sobrevesta—si Estrella de Orendain y su hermana Aura piensan en nosotros tanto como nosotros en ellas.

—¿Nosotros decis?—exclamó el otro caballero. Yo os aseguro, Lope Fortun, que no pienso en ellas.

Que no pensais en ellas, Rodolfo! ¡Que no pensais en las doncellas de Orendain! ¿Por qué entónces no habeis cesado de hablar de ellas, y principalmente de Aura, desde que nos pusimos en camino? ¿Negareis que Aura de Orendain es una jóven encantadora, y que su hermosura ha dado al traste con vuestra real ó fingida aversión á las mujeres?

—No hablarais asi, noble amigo mio, si supiéseis mi historia, si conociérais la tremenda desgracia que me obligò á dejar mi pátria, la hermosa tierra de Suabia, para buscar léjos de ella el sosiego y el olvido. Pero no quiero quebrantar mi firme propósito de no hablar jamás de estas cosas.—¡Las mujeres!—añadió despúes de una corta páusa.—Loco, y mil veces loco es quien en ellas pone su amor y su confianza.

—¡Cuánto siento que no hayais cambiado de modo de pensar! Creía que durante nuestra estancia en Murelaga se habia operado en vos una venturosa transformacion, y deleitábame esperando que Aura de Orendain lograria disipar por completo con su sonrisa esplendorosa la negra nube que constantemente oscurece vuestra frente. Seguro estoy de que Aura os habria hecho feliz, y os habría mostrado que si hay mujeres, aunque pocas, que en maldad dejan atrás á Satanás mismo, hay otras en cambio que son buenas como los ángeles. Vuestra insensibilidad me asombra y me entristece, y sin embargo quisiera en esta ocasion ser tan insensible como vos. La patria está en peligro, y solo en ella debía yo pensar ahora. El deber me llama al Mediodía, pero ¡ay de mí! mi corazon está en el Norte. Por otra parte, durante toda mi vida debía yo haber permanecido fiel á la memoria de mi buena esposa, de mi amada Iñiga. El corazon que fué suyo no debía yo haberlo dado jamás á mujer alguna. ¡Qué desgraciada suerte la suya! Mas le valiera haber sido hija de un pordiosero que del egregio Cenon, último señor de Vizcaya. Entonces el desnaturalizado y ambicioso Sancho de Zaldube, su pariente, no habría asesinado á su hijo en sus brazos; entonces no habría ella muerto de sentimiento por tan lamentable pérdida. ¡Ah! Sancho deseaba suceder á Cenon; el de Zaldube aspiraba al poder sepremo. Pero de nada le sirvió su crimen; el miserable murió á manos del verdugo.—!Qué horribles sucesos! Apesar de los años trascurridos. me estremezco al

pensar en la muerte de mi hijo, en la de su malaventurada madre, y en la ejecucion del asesino. ¿Qué habria yo contestado entonces á quien me hubiese dicho que andando el tiempo daría yo mi corazón á otra mujer? Así ha sucedido sin embargo. ¡Ojalá no hubiésemos aceptado la invitacion de Ochoa de Auleztia; ojalá no hubiésemos ido á Murelaga cuando el anciano caballero nos llamó á festejar con él el quincuagésimo aniversario de su enlace con la rica-hembra de Mendilibar! ¿Os acordais de aquella hermosa noche en que llegamos á Murelaga? Si alguien me hubiese dicho entonces que allí iba á perder mi reposo, habria vuelto enseguida á la torre de Montalban. ¡Qué noche aquella, Dios mio! ¿Podré olvidarla jamás? ¡Qué afectuosamente nos recibió el de Auleztia! ¡Con qué placer nos presentó á aquellos de sus huéspedes que no nos conocian! ¡Qué elogio nos hizo de la hermosura, de la bondad y de la discrecion de Estrella y Aura de Orendain, á quienes, por haberse ya retirado á su aposento, no podia presentarnos entonces! Tambien nosotros nos retiramos pronto, suponiendo que los moradores de la torre, que durante todo el día habian estado cazando y que debian estar muy fatigados, nos lo agradecerian muchísimo.—A media noche tuve una horrorosa pesadilla. A los piés de mi lecho habia una tumba, una tumba cubierta de ranúnculos, de miosotis y de margaritas. La tumba se abría y de ella se alzaba una mujer. Era mi esposa, mi amada Iñiga. No habia brillo en sus ojos, ni color en sus mejillas, ni expresion en su semblante. Se acercó á mi lecho, é

inclinándose á mí, me abrazó y puso sus helados labios sobre mis labios de fuego. Luego forcejeó para arrastrarme al sepulcro, y yo desperté sobresaltado. —Después no pude ya pegar los ojos; así es que me levanté antes de amanecer, y como en la alcoba me ahogaba, salí al ancho y oscuro corredor de la torre. Pero, qué terror experimenté entonces! Sentí pasos detrás de mí y en el mismo instante oí una voz— ¡oh qué voz!—la voz más dulce y más hermosa, la voz que en otro tiempo me era más grata, pero que en aquel momento heló la sangre en mis venas—la voz de Iníga, mi difunta esposa. Sobrecogido de terror, me arrimé de espaldas contra el muro, como si en él quisiera incrustarme. Después de la voz de Iníga se oyó la de otra mujer. Ambas pasaron hablando por delante de mí, sin verme. Tan profunda era la oscuridad. Yo las seguí, sin saber lo que hacía, y las ví entrar en la capilla, en la que constantemente arde una lámpara. Allí se pusieron á orar á media voz, y pude entonces, sin ser visto, contemplar desde el oscuro corredor sus hermosísimos rostros. Ninguna de ellas se parecía á Iníga. Y aunque las dos eran hermosísimas, lo era en tan sumo grado aquella cuya voz era semejante á la de mi esposa, que gustoso me hubiera hincado de rodillas y la hubiera adorado como á una deidad. Desde entonces la amo locamente; desde entonces amo locamente á Estrella de Orendain, y del mismo modo he de amarla mientras me dure la vida. Por eso siento, querido Rodolfo, haberme engañado al creeros prendado de su bella hermana Aura.

—Yo no puedo amar, amigo mío. La guerra es por ahora mi única pasión. Por eso me alegré en el alma cuando vino á interrumpir las fiestas de Murelaga la inesperada nueva de que leoneses y asturianos habian penetrado en tierra de Alava, y se aprestaban á invadir el Señorío. Grandes acontecimientos se preparan, y si sabeis sacar partido de ellos, pronto sereis caudillo y señor de Vizcaya.

—Si; lo seré, mal que les pese á muchos. ¿No acordaron los vizcainos reunidos so el árbol de Gernica que el Señorío se diese al que más se distinguiera hostilizando á los asturianos y haciendo incursiones en su territorio? ¿Quién ha penetrado tan adentro en las tierras del Rey de Oviedo, quién le ha vencido en tantos encuentros, quién ha saqueado tantas villas como yo? Y cuando nuestros implacables enemigos desembarcaron en Bäsigo, y se vió seriamente amenazada nuestra independencia, ¿quién los deshizo en las deleitosas márgenes del Estépána? ¿Quién echó á pique sus bajeles? ¿Quién les obligó á suscribir el tratado de paz que ahora— ¡villanos!— se aprestan á violar?

—Por eso os admira y os adora el pueblo; por eso quiere alzaros sobre el pavés, y proclamaros caudillo y señor de Vizcaya.

—Yo os juro, Rodolfo, que el pueblo verá colmados sus deseos; yo os juro que los magnates que contrarian mi eleccion, los magnates que oponen obstáculos á la reunion de la Asamblea, porque saben que empezaria por aclamarme, verán frustrados sus ambiciosos designios. No quieren que yo ocupe el

puesto de Cenon, porque saben que los tendré á raya, que haré cesar las luchas intestinas, que castigaré á los tiranuelos y protegeré á los humildes y á los desvalidos, que pondré fin al derramamiento de sangre, al pillaje y á la devastacion. Vizcaya será otra vez libre, y el vizcaino más humilde estará tan seguro en su hogar como el más poderoso monarca guardado en su alcázar por centenares de valientes y leales caballeros.

—¿Creeis que llegaremos á tiempo para impedir que el enemigo pase la frontera? Yo temo que á esta hora las huestes del príncipe de Leon se hallen ya en tierra vizcaina.

—No puede ser. Alguna resistencia opondrán nuestros buenos hermanos de Alava, aunque los han encontrado desprevenidos; y por otra parte, pocos pero valientes soldados guardan los pasos de las montañas. Fuerza es confesar que no han perdido el tiempo los dignos magistrados á quienes los vizcainos en su última Asamblea so el roble de Guernica encomendaron el gobierno del Señorío. En cuanto han tenido noticia del peligro, han hecho tañer las cinco bocinas y han ordenado que todos los vizcainos capaces de llevar las armas, menos los que habitan los pueblos de las fronteras del Oeste y del mediodia, se congreguen sin perdida de tiempo en Amorebieta, y si no han nombrado un caudillo que los lleve al combate, ha sido porque no tienen poderes para ello. Espero que llegaremos á la frontera antes de que la franqueen las huestes de Ordoño el Malo y de Odoario.

—Dicen que el principe de Leon es un caudillo hábil y valerosísimo, y que no le vá en zaga el cañado del rey su padre. Pero ¿será cierto que, como aseguran, el principe, se halla enteramente amilanado porque un agorero ha predicho que en esta guerra morirá el caudillo de los asturianos? ¿Será cierto que por eso ha dejado el mando del ejército á su tío Odoario, y que está decidido á pelear como simple soldado en todos los encuentros?

—Allá lo veremos. De todos modos espero que con la ayuda de Dios lograremos vencerles. Lo que importa es hacer que Sancho Estiguiz, mi noble deudo, se decida á unir sus mesnadas á las de Vizcaya.

—¿Y esperais conseguirlo?

—Sin duda alguna. Deséalo él tan fervientemente como yo mismo, y no dudo que lograré disipar los escrúpulos que le detienen en Euba. Ahora está indeciso, y no sabe si seguir adelante á juntarse con sus hermanos en Amorebieta, ó volverse á su buena y leal villa de Tabira; pero en cuanto yo le hable cesarán sus vacilaciones, y vendrá con nosotros.

Rodolfo no contestó; pero, á juzgar por la expresión de su semblante, no estaba tan seguro como su compañero de que el conde de Tabira Sancho Estiguiz se dejara convencer. En cambio, Lope Fortun, que estaba seguro de ello, y que no dudaba de que con la ayuda del valiente y poderoso conde los vizcaínos rechazarían al audaz invasor, volvió á fijar su pensamiento en la hermosa jóven que dejara en la torre de Auléztia.

¡Cuánto la amaba! Y si no perdía la vida en la guerra, con qué apresuramiento correría á arrojar-se á sus piés, y ofrecerle su corazón y su mano! ¡Qué feliz había de hacerla! ¡De qué tiernos cuidados la rodearía!

Tan embebecido estaba en estos dulces pensamientos, que ni lo accidentado y pintoresco del tortuoso camino, ni las lindas flores que adornaban sus orillas, ni el murmullo de los arroyos, ni el canto de los pájaros que daban la despedida al día, ni las verdes y risueñas vegas que se extendían á sus piés, ni los gigantescos é imponentes peñascales de Mañaria y de Urquiola que se alzaban á lo lejos, ni el rumor cada vez más audible del cercano campamento, lograron ya distraerle por un solo instante. Solo salió de su arrobamiento cuando al llegar á Euba, en la márgen derecha del río de Urazango, hoy de Durango, fué reconocido y aclamado por las gentes del conde de Tabira.—¡Viva Lope Fortun! ¡Viva Lope Fortun *el Blanco*!—gritaban todos.—¡Viva el valiente hijo del egregio Lope Fruiz, señor de Montalban!

Muchos victoreaban también á Rodolfo, cuyo valor era bien conocido.

El nombre de Lope Fortun, apellidado *Zuria*, ó sea *el Blanco*, corrió en breves instantes por el ámbito del campamento. Los guerreros más distinguidos se agrupaban en torno del noble vizcaino, y le abrazaban con la mayor efusión.

—¿Y el conde?—preguntó Lope Fortun.

—Debe hallarse en Berna ó en Ercilla-arrate,—

le contestaron;—pero han ido á avisarle de vuestra llegada, y no puede tardar.

Lope Fortun hubiera querido salirle al encuentro, pero como no se sabia á punto fijo donde estaba ni á donde iria Sancho Estiguiz, determinò esperarle; y dejando al cuidado de sus escuderos su caballo y el de Rodolfo, se dirigió lentamente, en compañía de este y de otros muchos caballeros, hácia la tienda del conde, que estaba plantada no lèjos de allí en la orilla misma del rio, y junto á un vetustísimo puente casi enteramente cubierto de hiedra.

Poco tiempo hacia que los caballeros estaban conversando delante de la tienda del caudillo, cuando se oyó el galopar de algunos caballos, y apareció en el puente Sancho Estiguiz, que todavía estaba en todo el esplendor de la edad viril, caballero en un briosisimo corcel negro como la noche, y rodeado de otros jinetes no ménos bien montados.

Todos echaron pié á tierra, y el conde abrazó cordialmente á Lope Fortun y Rodolfo, en medio de entusiastas aclamaciones.

—Sed bienvenidos, amigos míos;—exclamó Estiguiz. ¿Qué puede hacer en vuestro servicio el conde de Tabira?

—No somos nosotros, sino Vizcaya, la que ahora pide vuestros servicios, señor;—contestó Zuria.—Sus enemigos se aprestan á invadirla, y espera que no la negareis vuestro auxilio en tan terrible trance.

—¿Qué deseaba yo tan fervientemente como correr en ayuda de Vizcaya, y verter por ella toda mi sangre?—replicó Estiguiz.—En cuanto tuve no-

ticia de que Ordoño el Malo y Odoario se disponían á penetrar en Vizcaya al frente de un poderoso ejército de gallegos, leoneses y asturianos, hice tañer las bocinas en los montes más altos del condado, llamando á las armas á todos sus pobladores, y estos, como siempre, acudieron con presteza á mi llamamiento; así es que pronto mi buena y leal villa de Tabira de Urazango se halló de bote en bote llena de guerreros. Pero ¡ay! entónces, algunos aviesos clérigos, dando al olvido mis continuos beneficios, y la atención que siempre me han merecido ellos y sus templos, se pusieron á hablar de lo que ya sabeis, y que estaba ya casi completamente olvidado. Hasta llegaron á decir que los clérigos de Vizcaya se opondrían á mi entrada en ella, y que fulminarían sus censuras contra los caudillos vizcaínos si me permitían pelear á su lado. A pesar de todo, desplegué mi estandarte, y nos pusimos en camino para Amorebieta, donde, según noticias, debían acampar los de Vizcaya; pero al llegar á Euba, tales cosas se me dijeron de la actitud de la clerecía vizcaína y de una parte del pueblo, que sin saber que hacer, si volverme á Tabira ó continuar mi marcha, mandé plantar aquí las tiendas mientras llegaban otras noticias.

—No debimos hacer caso de aquellos insensatos rumores—exclamó á esta sazón el fogoso Adam de Echáburu—Por afilada y cortante que sea la lengua de los malos clérigos, todavía corta mejor el filo de nuestras espadas. Siempre hemos estado al lado de Vizcaya, y en este momento supremo no de-

bemos abandonarla. Desde que hace ciento catorce años los vizcainos segregaron del Señorío el hermoso condado de Tabira para dárselo á vuestro abuelo Sancho Aznar (1), hemos tomado parte en todas sus empresas, y les hemos auxiliado en todas sus tribulaciones, como buenos y leales hermanos. ¿Dejaremos ahora por primera vez de cumplir con nuestro deber? Nosotros que jamás retrocedimos ante las lanzas, las espadas y las ballestas, ¿retrocederemos ahora ante la charla mujeril de algunas docenas de tonsurados?

—Bien hablado, Adam de Echáburn!—se atrevió á decir entonces el imberbe señor de Gardiacho.—Y dirigiéndose al conde de Tabira, añadió:—Nuestro puesto está al lado de los vizcainos, señor—así chillen, y se desgañiten, y arrojen el hígado por la boca los maldicientes! Si hacen tanto ruido es por que habeis querido atajar su insaciable codicia; porque no habeis favorecido sus planes de rapiña; porque no les habeis dado los beneficios de los legos; porque no quereis despojar de los patronazgos á sus legítimos poseedores.

—¡A Vizcaya, señor! ¡A Vizcaya!—gritó Zuria.—Cese ya vuestra irresolución. Hemos venido á buscaros, y no nos dejareis partir solos.

—¿Pero os atreveríais á presentaros á los viz-

(1) A Sancho Aznar, primer señor del territorio que ahora se llama el *Duranquesado*, sucedió su hijo Ortun Sanchez, y éste casó con Evenga Esteris de Arandoño, de quien tuvo á Sancho Estiguiz.

cainos en compañía del maldito, del excomulgado? Mirad que si lo hicierais se trocaría tal vez en aborrecimiento el amor que ahora os tienen. Meditadlo bien, Lope Fortun. ¿No soy yo acaso el réprobo que por amor á una mujer profanó el templo del Señor? Con todo, la mujer era tan buena, tan virtuosa, tan santa, que bien pudiera perdonármeme que la haya adorado. Pero ¿acaso no la adoraban cuantos la conocían? ¿Dónde se vió jamás un dechado de perfecciones semejante á mi amada esposa, á mi adorada Tida, á la bella hermana del noble Cenon, candillo de Vizcaya? Era demasiado buena para morar en la tierra, y por eso Dios la llamó á sí. Pero no quiso arrebátarmela sin que me dejara un recuerdo y un consuelo. La infeliz murió al dar á luz una niña, la bella Dalda, que es ahora el único encanto de mi vida. ¿Es maravilla que la pérdida de una esposa tal me dejara sumido en el más profundo dolor, ni que por rendir culto á su memoria, por respeto á sus incomparables virtudes, la hiciese sepultar en el templo de San Pedro de Tabira, inmediato á mi casa señorial? Pero los clérigos se alborotaron. Dijeron que en el interior de los templos solo se debía enterrar á los prelados y sacerdotes que morían en olor de santidad, y que por tanto yo había cometido una horrible, una sacrilega profanación. Fui, pues, excomulgado, y se me hizo saber que no se levantaría la excomunión mientras no hiciese sacar del templo los despojos mortales de mi inolvidable Tida. Pero yo juré que antes me sacarían del pecho el corazón.

—Hicisteis bien, señor,—dijo Rodolfo—pues si los que son *casi* santos pueden ser enterrados en el templo, bien está en él la que, según testimonio de todos, fué *enteramente* santa.—Pero paréceme que dais demasiada importancia à la malquerencia de los clérigos.

—¿Eso pensais? Yo creo que en el estado actual de los ánimos, mi presencia en Vizcaya llevaría la division y la discordia entre los vizcainos, que nunca tanto como ahora han necesitado estar enteramente unidos.

—Desechad esos temores, señor;—dijo Zuria.—Venid con nosotros, y yo os juro que nadie osará alzar la voz como no sea para aclamaros y bendeciros. Cierto es que los clérigos, algunos malos clérigos, pues sería injusto acusarlos à todos, tratan de suscitaros enemigos entre los mas poderosos señores, y de hacer que el pueblo, que siempre os ha querido, os cobre aversion; cierto es que para conseguirlo recuerdan à cuantos quieren oírles que estais excomulgado, y os presentan como un enemigo de Dios y de su iglesia. Pero poco ó nada han conseguido hasta ahora, à pesar de sus esfuerzos. Los vizcainos os adoran, y estoy seguro de que os recibirán con el mayor entusiasmo. Hasta los pocos que engañados por las lenguas de sierpe de cuatro indignos sacerdotes, os miran hoy casi como à un condenado, movidos por el ejemplo unirán sus aplausos à los de la multitud, ó enmudecerán de vergüenza.—Venid, señor. Vuestro condado formaba en otro tiempo parte de Vizcaya, y los vizcainos se lo dieron

á vuestro heróico abuelo. Deber vuestro es, pues, si es preciso, dar por Vizcaya y por los vizcaínos vuestra hacienda y vuestra vida, y la hacienda y la vida de vuestros súbditos. Estais en el deber de ayudar á Vizcaya á repeler al audaz invasor. Y si el deber no os lo ordenára, la conveniencia os lo aconsejaría. Si los vizcaínos fuesen vencidos y Vizcaya sometida al extranjero, ¿os sería posible mantener la independencia de vuestro hermoso condado? Venid, señor; venid á defender á vuestros hermanos. Vuestro cuñado Canon y vuestra esposa Tida se extremecearán de alegría en el sepulcro cuando vuestro estandarte ondee al lado del estandarte de Vizcaya — Venid, señor, y no os tenga en cuidado lo que digan ó hagan los malos clérigos. ¡Los clérigos! ¿Por ventura tienen ellos que mezclarse en los asuntos de la república? ¿Qué entienden ellos del gobierno de los estados? Hagan oír su voz cuando se trate de rezar; pero no ahora que únicamente se trata de combatir. ¿Qué entienden ellos de eso? ¡Para los clérigos el ritual y el breviario, la sotana y el roquete, los rezos y las homilias, los ayunos, las maceraciones, y los himnos jeremiacos! ¡Para nosotros, caballeros é infanzones de Vizcaya, las espadas y los broqueles, las lanzas y los caballos de guerra, los alegres festines, las bélicas canciones, el fragor espantable de los combates! ¡Ellos en el templo, y nosotros en el estrado, y en el consejo, y en el campamento! — ¡Venid, señor; venid á trinfar! ¡Venid á ganar una nueva empresa para vuestro escudo! ¡No se diga nunca que el nieto de Sancho Aznar per-

maneció impasible y con la espada en la vaina mientras el extranjero acuchillaba á sus hermanos de Vizcaya!

—El nieto de Sancho Aznar está siempre presto á dar su sangre y su vida por la independencía de Vizcaya—dijo Estíguiz con entusiasmo.—Partiríamos enseguida para Amorebieta; pero sin duda estais fatigados y necesitais descansar. Mañana mismo, al rayar el alba, hemos de ponernos en camino.

—Yo creo, señor que no debemos esperar á mañana. Ni mis compañeros ni yo estamos fatigados, y aunque lo estuviésemos no nos arredraria la pequeña distancia que hay entre Euba y Amorebieta. No hay tiempo que perder; de un momento á otro puede el enemigo penetrar en Vizcaya.

—Sea como vos quereis, Lope Fortun. Partámos enseguida.—Lo ois, Adam de Echáburu? Dad las órdenes necesarias para levantar el campo, y para que todos se apresten á partir á la primera señal. Ireis por delante con vuestras lanzas y anunciareis nuestro arribo. Nosotros iremos en la retaguardia—Que Gaspar de Astola cuide de que nada falte á los servidores de estos caballeros.—Y vosotros—añadió dirigiéndose á Lope Fortun y Rodolfo—venid á sentaros en mi tienda, y á desempolvar vuestros gaznates con algunos sorbos de un riquísimo vino que me ha enviado mi muy amada sobrina la reina de Navarra(1)

(1) La reina de Navarra era hija de Canon, caudillo de Vizcaya y cuñado del conde de Tabira.

II.

Para cuando Sancho Estiguiz montó á caballo y dió la señal de partir, ya la noche habia cerrado por completo, y la luna, como deseosa de presenciar la marcha de la lucida hueste, asomaba su redonda faz por detrás de la sierra de Oiz.

Sonaron los clarines y atabales, oyéronse voces de mando y gritos de alegría, y en el mismo instante el pequeño ejército se puso en camino por la margen del rio, siguiendo el curso de sus transparentes aguas.

Iba delante Adam de Echáburu seguido de sus buenas lanzas, y en pós de él avanzaban los señores de Bériz y de Yturri, al frente de sus respectivas mesnadas. Cien ballesteros y cincuenta caballos guiaba Torcaz de Abadiano, uno de los primeros y más valientes caballeros del condado. Tras él iba Pedro de Muncháraz, y aunque solo llevaba veinticinco jinetes, seguiale en cambio un número muchísimo más considerable de peones. Pocos, pero muy gallardos y fornidos eran los soldados que acaudillaba el señor de Jáuregui, nacidos y criados todos al pié de los formidables peñascales de Amboto y Urquiola, en las repúblicas de Arrázola y Axpe. Iban luego las mesnadas de Rodrigo de Yurreta; del señor de Guereña, de Mallábia; de Lope de Uribe, de Garay; del señor de Iturriaga, de Mañaria; del señor de Zalduegui, de Zaldibar; del señor de Gomendio, de Bériz; y las de otros muchos caba-

llos. Cabalgaba despues Sancho Estiguiz, llevando á su derecha á Lope Fortun y á su izquierda al noble germano, y seguido de algunos de sus más queridos caballeros; y en pos de ellos avanzaban las lanzas del conde y los soldados que la buena y leal villa de Tabira habia puesto á su disposicion. La impedimenta venia despues, conducida por ágiles y fortisimos caballos de Zaldibar y Aramayona.

Llevaba el pendon del condado un gallardisimo mancebo de diez y nueve años, cuyo nombre no dicen las crónicas, pero que segun parece era del lugar de Eremuba, donde hoy se asienta la noble villa de Ermua. Iba por primera vez á la guerra, y pensaba con delicia en las proezas que iba á hacer, en los trofeos que iba á ganar, en el lustre que iba á dar á su nombre. ¡Qué alegría y que orgullo experimentaria su bella prometida cuando llegasen á sus oidos las nuevas de sus hazañas! ¡Con qué amable sonrisa, con qué estrecho abrazo, con qué dulces palabras le recompensaría á su regreso! No sabia el infeliz que aunque con gloria debia morir en la primera, en la única batalla de aquella guerra memorable. No sabia el iluso que su bella novia le lloraria... y se casaría con otro. Más de mil años han trascurrido desde entonces, y sin embargo todavia suceden todos los dias cosas semejantes.

La hueste avanzaba rápidamente y en todos los rostros se veia retratada la más viva alegría, y el más ardiente entusiasmo. Pero de todos los soldados los más alegres y bulliciosos eran los que servian á las inmediatas órdenes del conde, y que formaban

una especie de guardia de honor, Cabalgaban cantando, y su caución era, poco más ó ménos, del tenor siguiente:

— «¡Lelo murió! ¡Lelo murió! (1) El malvado Zara le asesinó cobardemente.

«¡Lelo murió! Murió el gran guerrero *euskalduna* el orgullo de las montañas, el terror de nuestros enemigos.

»Mas feliz que él, Indartia murió peleando: Leko-bide, que semejante á los inmortales, salía siempre ileso de las batallas, murió agobiado, más que por el peso de los años, por el de los laureles ganados en mil combates.

»Otros muchos guerreros dejaron para siempre nuestras montañas por la region ignota de las sombras. Pero, por fortuna, aquí no se extingue jamás la raza de los héroes.

»¿Qué importa que el roble secular, de corpulento tronco, carcomido por los años, caiga de vejez, si en torno suyo crecen lozanos sus retoños, y si de sus bellotas, esparcidas por el viento, brotan en el bosque centenares de lindos y vigorosos arbolitos?

»Antes faltarán árboles en los bosques, y hierba en los prados, y arenas en el mar, y estrellas en el cielo, que falten en Vizcaya pechos heróicos que oponer al audaz invasor y defender la independencia de ésta tierra siempre libre.

(1) En aquel tiempo todas las canciones patrióticas de los *euskaros* empezaban recordando el trágico fin del célebre Lelo.

»El rey de Oviedo, en lugar de enviar su valiente ejército contra los moros, para expulsarlos de las vastas y feraces regiones que ocupan en la hermosísima península roturada y cultivada por nuestros padres, empresa en la cual le ayudaríamos gustosos, lo envía contra nosotros, al mando de su hijo Ordoño el Malo, y de su cuñado Odoario. Pronto, muy pronto verteremos su sangre y les haremos morder el polvo.

»¡Insensatos! Vienen á buscar al leon en su cueva, y el leon les destrozarà con sus garras.

»Podieran tenernos por aliados, por amigos, por hermanos; pero prefieren tenernos por enemigos. ¡Guerra, pues! ¡Guerra sin tregua y sin misericordia!

»Mientras peleamos, en nuestros hogares piden á *Jaungoikoa* que nos conceda la victoria. Y *Jaungoikoa* les escachará.

»¡Dichoso aquel que despues de la guerra pueda volver á su hogar, cargado de laureles! Su anciano padre le bendecirá, su madre llorará de gozo, su hermana le saltará al cuello, y su novia le besará en los labios.

«¡Pero más dichoso, mil veces más dichoso el que muera peleando, por la patria! Este recibirá el ósculo del excelso *Jaungoikoa*, y tendrá en el cielo un lugar preeminente.»

III.

Por las noticias recibidas de Vizcaya, teniase la seguridad de que el enemigo trataria de penetrar

en el país por la peña de Orduña, y por eso en un principio se pensó reunir el ejército en Galdácano, al pié de la sierra de Gangúren, como el punto mejor situado para de él acudir á la defensa de aquella parte del territorio. Si luego se decidió acampar algo más al Este, en Amorebieta, fué por recibir allí, en la frontera misma del Señorío, el contingente del conde de Tabira, con cuya ayuda se contaba. Pero sin la oportuna y dichosa intervención de Zuría, es probable que Sancho Estiguiz no se hubiese decidido á salir de su condado, y que los vizcainos se hubiesen visto obligados á pelear solos.

¡Con qué alborozo fué recibida en el campamento de los vizcainos la lucida hueste del conde! Durante algunos momentos todo fué saltos y gritos de alegría, aclamaciones, abrazos. Y como el entusiasmo es contagioso, hasta aquellos en quienes más mella habia hecho lo que del conde se habia estado diciendo por sus enemigos, le victorearon estrepitosamente. No salió, pues, errada la predicción de Lope Fortun, y hubo clérigo que, de despecho, salió del campamento como alma que lleva el diablo, y no paró hasta la remota aldea de donde por mal de sus pecados viniera. Otros más nobles, acallando sus malas pasiones, solo pensaron en la salud de la patria.

El anciano padre de Zuría, el venerable Lope Fruiz, señor de Montalban, estrechó á Estiguiz entre sus brazos con la mayor efusión. Este apenas pudo reconocerle: á tal estado le habian reducido, más que los años, las desgracias de su familia; es decir, la muerte de su amada nuera y la de su adora-



do nietezuelo. Estaba seco, amarillo, encorvado y tembloroso. Del inhiesto y lozano roble solo quedaban el carcomido tronco y la áspera y rugosa corteza.

Por eso se condolió Estiguiz profundamente cuando supo que los vizcaínos habían designado al viejo para guiarles al combate. ¿Pero cómo oponerse á aquella elección, dada la inmensa popularidad del señor de Montalban? No se le ocultaba al conde que los intrigantes lo habían hecho por temor de que Lope Fortun fuese elegido, y que de ese modo le fuera más fácil ganar el alto y codiciado puesto de señor y caudillo de Vizcaya.

No fué ménos desagradable la impresión que aquella inesperada noticia produjo en el ánimo de Lope Fortun, no por que en lo más mínimo contrariase sus planes, sino por que sabia que viejo y enfermo y quebrantado como estaba su amado padre, no podría soportar las fatigas y penalidades de la campaña. En cuanto al anciano, aunque el amor á la patria y á los combates le habia llevado al campamento, bien decidido á pelear si sus fuerzas se lo permitian, hubiera deseado pelear como soldado y no como caudillo, pues estaba muy lejos de hacerse ilusiones acerca de su estado. Negóse, pues, al principio á aceptar el honor que queria hacérsele; pero fueron tales y tan reiteradas las súplicas de los guerreros más distinguidos, que, bien á pesar suyo, se vió obligado á ceder.

Lope Fruiz y los suyos se desvivian por agasajar á los recién llegados. Las cuernas, henchidas de sidra ó de vino, pasaban de mano en mano, los brin-

dis redoblaban, la alegría era cada vez más franca, más cordial, y más estrepitosa. Por fin, el viejo caudillo, despues de tener una conferencia con Sancho Estiguiz, Lope Fortun y los demás guerreros más distinguidos, y de determinar que, en vista de las noticias que de los movimientos del enemigo se tenían, el ejército se pondría en marcha el día siguiente al amanecer, dió la orden de que inmediatamente se entregáran todos al reposo.

Pronto reinó en el vasto campamento un silencio profundísimo, solo de tiempo en tiempo interrumpido por las voces de alerta de los centinelas.

IV.

Apenas habia empezado á mostrarse por detrás de la sierra de Oiz la blanca y ténue luz precursora del día, cuando el desapacible son de los clarines anunció que era llegada la hora de abandonar las dulzuras del sueño y de prepararse para emprender la marcha. En breves instantes recobró el campamento el animado y alegre aspecto de la vispera.

Pero Lope Fruiz tardaba en presentarse, y como se decía que sus achaques se habían recrudecido durante la noche, la ansiedad era general. No pocos comprendían, aunque tarde, cuán locamente habían obrado tomándole por caudillo.

De pronto, oyéronse alegres gritos y entrepitosas aclamaciones, y de un extremo á otro del campamento corrió como un rayo la fausta nueva de que el insigne gefe vizcaíno acababa de salir de su tienda y se aprestaba á ponerse á la cabeza del ejército.

En efecto, el anciano Lope Fruiz, apoyado en el brazo de su hijo, y departiendo con el conde de Tabira, se adelantaba lenta y trabajosamente por entre los grupos de guerreros.

Era una crueldad y una locura hacerse guiar al combate por aquel pobre anciano agobiado por el dolor y por los años. Ciertamente, su glorioso nombre, su gran conocimiento de las cosas de la guerra, y el recuerdo de sus insignes victorias inspiraban á todos entera confianza, pero ¿podría aquel quebrantado cuerpo soportar las rudas fatigas de la campaña?

Un rubio pajecillo conducía el caballo de Lope Fruiz, y un fornido y atezado escudero traía su escudo y su tremendo espadon.

Montó á caballo el viejo ayudado de su hijo, y embrazó no sin trabajo el escudo que le alargaba Sancho Estiguiz. Luego, el conde le presentó el espadon.

Pero ¡ah! no era ya Lope Fruiz aquel guerrero hercúleo que con un hombre debajo de cada brazo aventajaba en la carrera á los más ágiles y vigorosos. No era ya Lope Fruiz el hombre fornido que mataba un toro de una puñada, y que con sus fuertes espaldas arrancaba de los goznes la más pesada puerta. Poco faltó para que el espadon se le cayera de las manos.

—Ya lo veis—dijo el anciano con amargura.— Mis brazos han perdido su vigor. Mejor estoy para orar con las mujeres en el templo, que para acuchillar en el campo al enemigo. No es un pobre viejo como yo quien puede llevaros á la victoria. ¿Olvidais

qué caudillos tiene el enemigo? Otros tan buenos tenéis entre vosotros; elegid al que os parezca mejor, y dejad que el viejo, como un perro ya inútil, vaya á tenderse en el rincón mas oscuro de su casa, á dar reposo á sus cansados y doloridos huesos.

Las palabras del venerable anciano fueron acogidas con un murmullo de compasión.

—Dice bien Lope Fruiz,—esclamó entonces el conde.—Ya él ha peleado bastante. Hartas victorias ha ganado, y su glorioso nombre no se borrará ya jamás de la memoria de los vizcainos. Elegid otro caudillo mas joven y vigoroso; empero cuidad de que la eleccion sea acertada.

Un nombre, el mas popular y querido en Vizcaya despues del de Lope Fruiz, salió entonces de millares de labios.

—¡Viva Lope Fortun el Blanco! ¡A Lope Fortun queremos por nuestro caudillo!—gritaban todos.—¡Que nos guie Lope Fortun! Solo á él hemos de seguir al triunfo ó á la muerte!

Pronto no se oyó otro cosa en el vasto campamento. Los pocos que no veían con agrado aquella gigantesca explosion de entusiasmo, se vieron obligados á morderse los labios, ó á mirar, bien á su pesar, sus aclamaciones, á las aclamaciones de la multitud.

Lope Fruiz, que se habia ya desmontado, tendia el espadon á su hijo, quien se arrodilló para recibirlo.

—Tomad, hijo mio;—dijo el anciano—y no lo blandais jamás como no sea en defensa de la patria, de la libertad, y de la justicia. Si así lo hicieréis, la victoria seguirá siempre vuestras banderas.

Acababa Zuria de tomar el formidable espadon y de abrazar á su padre, é iba á montar á caballo, cuando Rodolfo se acercó á él y le dijo á media voz:

—No debemos dejar escapar esta oportunidad. Voy á hacer que vuestros amigos os proclamen señor y caudillo de Vizcaya.

—No hagais tal, Rodolfo,—contestó vivamente Zuria.—El ejército me aclamará espontáneamente despues de la victoria.

—Pero ¿y si somos vencidos?

—No puede ser.

—Pensad, señor, que la fortuna, como mujer, es muy voluble.

—Pues bien, si la fortuna nos es adversa..... entonces moriré peleando.

Y dichas estas palabras, púsose de un salto á caballo, en medio de las aclamaciones de la multitud.

V.

El ejército, que debía seguir la margen del rio de Urazango hasta su confluencia con el Ibaizabal ó Nervion, y luego remontar el curso de este rio dirigiéndose á la famosa peña de Orduña, estaba ya preparado para ponerse en marcha. Cada uno estaba en su puesto, los jefes arengaban á sus soldados, y Lope Fortun recorría las filas examinándolo todo, dictando disposiciones, y exhortando á los vizcainos á pelear con el mayor denuedo sino querian la ruina de la pátria, si no querian en un dia ver hollados los laureles ganados en cien combates.—Si venceis—

decía Lope Fortun—sereis libres, felices y respetados, y nuestros enemigos no osarán ya jamás acercarse en son de guerra á nuestro territorio. Pero si sois vencidos ¡oh vergüenza! os despojarán de vuestros bienes, os robarán vuestras mujeres y vuestras hijas, os expulsarán de vestros hogares, y de hombres libres os vereis trocados en viles esclavos.

—¡Antes morir! ¡antes morir!—gritaban todos.

Luego, Lope Fortun se despidió de su padre, rogándole que volviera enseguida al lado de su esposa; y despues de cruzar algunas palabras con Estiguiz, dió la señal de partir. En el mismo instante el ejército se puso en marcha al bélico son de los clarines y al estruendoso y acompasado redoblar de los atabales.

¡Momentos de suprema, de inefable delicia, para el que, henchido el corazon de alegría y entusiasmo, avanza erguido con la espada desnuda en la mano! ¡Momentos de prueba para el miron, si el miron tiene sangre en las venas; momentos de prueba para el miron, cuyo corazon late con fuerza, y cuyos pies se mueven maquinalmente al compas de los bélicos instrumentos; momentos de prueba para el miron, que diera entonces cualquier cosa por una espada, por una lanza, por un caballo!

Rompia la marcha el egregio conde de Tabira, guiando la brillante hueste que había traído del condado, y en pos de ella cabalgaba Lope Fortun, rodeado de Rodolfo, de Ivan de Meacaur, de Ruy de Solagoiti, de Reinaldo de Zia, de Leonel de Arana, de Gracian de Lebario y de otros caballeros, y se-

guido del ejército de Vizcaya. Este era numeroso y bien armado, y daba gozo contemplar la gallardía, el desembarazo, y el aire marcial de jefes y soldados.

Avanzaba en primer término el contingente de Mundaca, república la mas antigua de Vizcaya, capitaneado por Martin de Lamiáran, apuesto jóven de ojos azules y dorada barba, y venian en pos los de Bedarona y Axpe de Busturia, á los que gobernaba un infanzon de la casa de Solarte, pequeño de cuerpo y redondo como una bola, pero que en valor no cedia al mas gallardo. En cambio, el que acaudillaba á los de Murneta era tan flaco y larguirucho como una caña y tenia unas manos tan finas y delicadas que una doncella hubiera envidiado: pero poseia un alma noble y grande y un corazon heróico, y su cuerpo era como el acero, que se quiebra pero no se dobla. Seguian luego los guerreros de Fórua, custodiando el glorioso pendon del Señorío, y guiados por el gigantesco y membrudo Gonzalo de Lantiron, y en pos de ellos avanzaban los contingentes de todas las demás repúblicas, capitaneados por los mas ilustres caballeros de la comarca, y compuestos los unos de peones y jinetes, y los otros tan solo de peones.

Allí estaban los marinos y pescadores que de Laredo á Deva habitan los lindos puertos de nuestra costa, y que abandonando sus habituales faenas y trocando el remo por la lanza, la red por la ballesta y el arpon por el hacha de armas, habian corrido á pelear por la patria; los rudos ferrones que á la orilla de nuestros correntosos rios laborean el hierro,

y que, despreciando todas las demas armas, solo traen tremendas barras de hierro, temibles en sus manos vigorosas; los que apacientan sus rebaños en las laderas del gigantesco Sollube y en las escabrosas sierras de Oiz y de Bizcargui. Estos venian cargados de sendas porras, porque habituados à batir à los lobos à garrotazos, creian que para vencer à los asturianos no se necesitaba un arma mas formidable. Allí estaban los que en las frescas umbrías que se extienden à ambas orillas del Butron, y en la deleitosa comarca de Bäsigo de Baquio, y en la encantada vega de Lequeitio, remedo del paraíso, se sienten tan felices como pueden serlo los bienaventurados; los que en Baracaldo despojan de su rojo y lindo fruto los cerezos, y adornan con él las orejitas, más rojas y más lindas aún, de las doncellas; los que moran en el paradisiaco jardin de Abando, que el Ibaizabal reviste de eterna verdura; los que labran las risueñas vegas que fertiliza el Asua; los que en Ereño y Muréлага construyen sus caminos y las cercas de sus heredamientos con preciosos mármoles dignos de entrar en la edificacion de los templos mas magníficos y de los alcázares mas suntuosos; los guerreros de Arrázua, descendientes de aquellos fuertes varones que en el monte Gastiburu derrotaron por completo à los romanos de Augusto, obligándoles à reembarcarse; los que persiguen al ánade y à la agachadiza de bajo y tortuoso vuelo en las risueñas vegas que baña el rio de Mundaca; los que en los espesos jarales de Navarniz tienden lazos à los parleros mirlos y exterminan las sabro-

sas becadas que los pueblan; los que vigorizan su cuerpo bañándose en las cristalinas aguas del Lea; los de las antiguas Amoredo é Ibaibaso, hoy Amoroto y Guizaburuaga; los de Jemein, donde está el prodigioso templo de Arrechinaga, obra sorprendente de la naturaleza; los que moran al pie del histórico Arechabalagana, donde se alzaba uno de nuestros árboles sagrados; los que siguen al jabali y al corzo por las seculares selvas de Bedia; los de Dima, donde están la maravillosa cueva de Balzola y el admirable puente natural de Gentilzubi; los de Orozco, donde está la hermosa gruta de Sopelegor, en la gigante peña de Gorbea, casi siempre coronada de nieve; los fornidos carboneros de Iturrioz, hoy Trucios, y de Carranza; los valientes hijos de Arcentales, célebre por sus minas; los que en el limpido Cadagua pescan ricas truchas y loinas, anguilas y salmonetes; los nobles hijos de Zalla, terribles en la guerra como leones, y en la paz mansos como corderillos; los de Gordejuela, renombrada por sus sabrosos y delicados frutos; los de la vieja Avellaneda, donde aun hoy se alzan, cubiertas de hiedra, las ruinas del vetusto consistorio; los que en Somorrostro extraen el rico mineral de hierro que en tan gran cantidad puso allí Jaungoikoa, para que pudiéramos forjar armas con que defender nuestra independencia y la independencia de nuestra amada España.

Pero ¿qué necesidad hay de enumerarlos todos si todos son vizcainos, y por ende valientes hasta el heroísmo, leales hasta el sacrificio, constantes hasta la muerte? Todos eran hijos de Aitor, del Gran

Patriarca, y los hijos de Aitor no ceden á nadie en valor ni en ardimiento cuando pelean por la independencia.

VI.

Al llegar al punto donde el rio de Urazango vierte sus aguas en el Nervion, el ejército vizcaino tomó por la orilla izquierda de este rio, y se encaminó hácia el mediodia, ó sea en direccion opuesta á la de sus aguas. Tratábase de llegar á la peña de Orduña, en la que el Nervion tiene su origen, antes que el enemigo la franqueara é inundase el valle como torrente devastador. Pero al llegar á Padura, que está á poco más de media legua de la confluencia de los dos rios, Lope Fortun, despues de conferenciar con el Conde de Tabira, ordenó que el ejército se detuviera y ocupara las posiciones más ventajosas para recibir á pié firme al enemigo.

¿A qué respondia tan súbito é inesperado cambio de plan?

Fugitivos llegados de la parte alta del valle habian traído á los caudillos la nueva de que leoneses y asturianos, despues de vencer á los alaveses y de despedazar á los pocos pero resueltos y tenaces vizcainos que guardaban el paso de la famosa peña, venian valle abajo llevando á todas partes la devastacion y la muerte; y entonces, tanto Estiguiz como Lope Fortun creyeron que más acertado que seguir adelante y encontrarse de improviso con el enemigo, tal vez en posiciones desventajosas, seria esperarle en Padura, localidad que reunía buenas condiciones

de defensa, y en la cual tenían tiempo, aunque no sobrado, de instalarse convenientemente.

Los términos de Padura eran muy extensos, y había diversos pareceres acerca del punto en que se debía esperar al enemigo; pero al fin se determinó esperarle en el ameno vallecito en que hoy se alzan la puebla de Arrigorriaga, el templo parroquial, y la casa consistorial de la anteiglesia.

Las mejores tropas fueron á defender la entrada del valle, que era bastante estrecha, y en la cual se podía hacer gran mortandad al enemigo, y el grueso del ejército fué á situarse en la pequeña y risueña llanura y en las alturas que la limitan por el Norte, Oeste y Mediodía. Por el lado del Este servía de linde á la llanura el manso y cristalino río que á la sombra de los chopos y de los nogales pasa lamiendo las altas y escarpadas montañas que de su misma orilla derecha se levantan, y aunque por las condiciones del terreno no era probable que los leoneses intentáran correrse hácia aquella parte, dispuso Lope Fortun que algunas fuerzas pasáran el puente y tomáran posiciones en la orilla derecha del Nervion.

La naturaleza, que se rie de la barbarie y de la locura de los hombres, se había vestido de gala para presenciarse la sangrienta batalla. El sol, brillando en toda su gloria, iluminaba el valle cubierto de flores y de verdura, y un fresco vientecillo hacia que no fuera molesto el ardor de sus rayos.

Acababan apenas los caudillos de dictar las últimas disposiciones y de arengar á los soldados,

cuando hácia la parte del Sur se dejó oír un lejano rumor, primero apenas audible, que fué rápidamente creciendo y acercándose.

Era el ejército enemigo que se aproximaba.

En cuanto los que guardaban la entrada del valle avistaron á los asturianos, prorrumpieron en gritos de alegría, y de muy buen grado se hubieran lanzado á su encuentro, á no habérselo impedido sus jefes.

El primer choque fué terrible. Los asturianos embistieron con el mayor denuedo, y por un momento pareció que los vizcainos iban á retroceder; pero, despues de vacilar algunos segundos, permanecieron firmes en sus puestas, como una muralla de granito.

En cambio los enemigos tampoco cejaban. ¿Cuándo flaqueó el corazon de los valientes hijos de Leon, de Asturias y de Galicia? Los vizcainos, ventajosamente situados en el llano y en las alturas, los exterminaban á saetazos; pero incesantemente llegaban nuevos soldados que llenaban los claros y peleaban heroicamente sobre los cadáveres de sus compañeros. Si aquello se prolongaba, pronto un monton de cadáveres cerraría por completo la entrada del valle.

Comprendieronlo así los asturianos, y decididos á romper á toda costa la línea enemiga, ya que gracias á su superioridad numérica podian ser pródigos de sangre, hicieron un esfuerzo supremo, y penetraron en el valle.

Entonces se pusieron en movimiento el ala derecha y el centro del ejército vizcaíno, mandados respectivamente por Martin de Lamiáran y Lope Fortun,

mientras que el ala izquierda, que capitaneaba Sancho Estiguiz, permanecía enteramente inmóvil. Pero pronto salió también esta de su inacción, y el combate se hizo general. Y entre tanto, la multitud de los enemigos aumentaba sin cesar. No parecía sino que toda la población varonil del reino de Oviedo se había trasladado á Vizcaya. Algunas horas pasaron antes que los asturianos cesáran de recibir refuerzos, ó mejor dicho antes que todo el ejército enemigo estuviera reunido en el campo de batalla.

No tardó en verse que si la caballería leonesa era bastante superior á la vizcaina, en cambio los peones vizcainos tenían incontestable superioridad sobre los del ejército enemigo. El resultado de la batalla era muy dudoso.

Acandillaba á los invasores Odoario, cuñado del rey de Oviedo, y si entre ellos se hallaba el príncipe Ordoño el Malo, debía estar confundido con los más oscuros soldados, pues en vano Lope Fortun, Estiguiz y otros caudillos le buscaban ansiosamente con la vista. No era, pues, una invención lo que se había dicho de que acobardado el príncipe porque un agorero había vaticinado la muerte del caudillo de los asturianos, había cedido el mando del ejército á Odoario. Era preciso salvar, aunque fuera á costa de la de su tío, la preciosa vida del heredero del trono.

En el ala derecha, Martín de Lamiáran peleaba denodadamente, y mantenía alguna, aunque pequeña ventaja sobre el enemigo, quien sin embargo no daba todavía señal alguna de desaliento. En cambio, en el centro, la ventaja de los vizcainos era decisiva.

Zuria y Rodolfo peleaban como leones, y sus soldados no mostraban menor ardimiento. Todos parecían poseídos de aquella horrible, pero sublime locura cantábrica, que en otro tiempo fué el espanto de los romanos; así es que los enemigos, asombrados, iban perdiendo terreno.

Lope Fortun, ligero como el rayo, corría de un lado à otro en su alado corcel negro, haciendo estragos con su tremendo espadon, que un gigante hubiese envidiado. ¿Y Rodolfo? Como si no quisiera seguir viviendo bajo el peso de los dolorosos recuerdos que continuamente nublaban su frente, como si la existencia le fuera insoportable, buscaba los lugares de mayor peligro, y despedazaba sin piedad à los contrarios, esperando sin duda ser à su vez despazado por ellos.

En lo mas recio de la batalla, Lope Fortun vió atravesar el campo dos lobos cebados en dos corderos, y tomándolo por feliz agüero, exclamó:

—A fé de Lope que esos lobos nos presagian el venimiento, y que para ponerlos en mi escudo borraré todas las empresas que hay en él. ¡Adelante, vizcainos, que la victoria es nuestra!

Pero en aquel momento, el caudillo se apercibió de que en el ala izquierda las cosas tomaban un sesgo harto desfavorable. Los de Estiguiz, acosados por Odoario, retrocedían; su joven porta-estandarte había caído muerto abrazado à su bandera, y el conde hacia desesperados pero vanos esfuerzos por cambiar la faz de las cosas. Para colmo de desgracia, herido él mismo en la frente de un saetazo, cayó

en tierra sin sentido, y faltó muy poco para que se apoderáran de él los enemigos.

Seguro entonces del triunfo Odoario, hizo que algunas fuerzas escogidas, rompiendo las filas de los de Estiguiz, ya muy quebrantadas, fueran à situarse al Norte para quitarles toda esperanza de salvacion y los estrechó contra el rio, cuyas agnas se tiñe ron pronto de sangre. Muchos perecieron ahogados, y no fué más favorable la fortuna à los que buscaron la salvacion en el puente, pues fué tanta la multitud que en él se amontonó, que los más perecieron aplastados, ó fueron pasados à cuchillo por los soldados de Odoario.

Ver aquello Lope Fortun y lanzarse en ayuda de los de Estiguiz, fué todo uno. Recomendando à Rodolfo que à toda costa conserváran la ventaja obtenida, partió el encuentro de Odoario seguido de algunos centenares de valientes arratianos (1) en los que tenia ilimitada confianza. Esto alentó un tanto à los de Estiguiz, que sacando fuerzas de flaqueza, opusieron más vigorosa resistencia al enemigo.

Lope Fortun y Odoario se encontraron en lo más alto del estrecho puente, que era de gran montea y

(1) No sabemos que extension tenía en aquel tiempo la merindad de Arratia; pero hoy comprende las anteiglesias ó repúblicas de Yurre, Aránzazu, Olabarrieta ó Ceberio, Castillo y Elejabeitia, Dima, Ceánuri y Ubidea. En ella está tambien situada la *villa de Haro* ó Villaro, fundada en 15 de Agosto de 1338 por D. Juan Nuñez de Lara, y su esposa Doña María de Haro, señores de Vizcaya.

se embistieron con salvaje furia; y despues de un corto pero terrible y encarnizado combate, Zuria dió á su adversario tan tremendo golpe con su espadon, que le sacó de la silla, y dió con él, ya cadáver, en el rio. Los de Estiguiz entonces lanzaron un grito de triunfo y atacaron con redoblada furia á los de Odoario, que se pusieron en fuga. Y como la noticia de la muerte del caudillo leonés cundió en breve por el campo llevando el pavor á los invasores y envalentonando á los vizcaínos, no les fué ya muy difícil á Rodolfo y á Martin de Lamiáran poner tambien en fuga á los que hasta entonces tan heroica y tenazmente habian peleado.

Aunque á costa de mucha y muy buena sangre, la batalla estaba ganada. Las piedras de los caminos y las del puente, las que para la ereccion de un templo (1) se hallaban amontonadas á la orilla del rio, y las piedras y peñascos todos del valle y de las altaras quedaron, segun cuentan, enteramente teñidos de sangre, por lo que en vez de su antiguo nombre de *Padura*, se empezó á dar á la

(1) El templo, que se empezó á edificar poco tiempo despues de los sucesos que aqui se relatan, ocupó el mismo sitio que la actual iglesia parroquial, de la advocacion de Santa Maria Magdalena. En la parte exterior de esta, y junto á la puerta principal, subsiste todavia el sepulcro de Odoario, que es un ataúd de piedra sostenido por seis columbitas—no por cuatro, como equivocadamente se ha dicho—en cuya cubierta se ve esculpida una cruz de la misma longitud que el sepulcro. Junto á este hay un disco de piedra muy antiguo, con signos y caracteres desconocidos,

localidad el de *Arrigorriaga* que equivale á *lugar de piedras rojas*, que aún conserva, aunque muchos unen al moderno el primitivo nombre, llamándola *Padura de Arrigorriaga*.

VII

Los leoneses, gallegos y asturianos solo pensaban ya en salvar la vida. Corrian desaladamente hácia el Sur, siguiendo la márgen izquierda del Nervion, y ansiosos de hallarse fuera del territorio que tan audazmente habían invadido.

Lope Fortun y los suyos iban en su perseguiimiento, acuchillándolos sin misericordia, porque comprendian que era preciso escarmentarlos cumplidamente, y porque querian vengar á sus muchos compañeros heridos y muertos en la batalla. Lope Fortun, ya muy irritado por la herida del conde de Tabira, habiase puesto hecho una fiera cuando, en el momento de declararse por los vizcainos la victo-

que fué llevado á aquel sitio desde otro en que fué hallado en la misma anteiglesia. Durante la guerra de la independencia, los franceses, estimulados acaso por la codicia, abrieron el sepulcro, que jamás había sido profanado hasta entonces, aventaron las cenizas, y se llevaron un espadon que en él había.

Son muchos los que aseveran que el enterrado en este sepulcro fué el príncipe Ordoño el Malo y no Odoario. Pero mal podía Ordoño haber muerto, como se pretende, en la batalla de Padura, puesto que más adelante le vemos reinando en Leon (Ordoño II.)

ria, vió caer herido á su amantísimo Rodolfo; así es que no es extraño que mostrara en la persecucion el mayor encarnizamiento. No esperaba volver á ver á Estiguiz, á quien amaba como á un padre, pues se creía que no llegaria vivo á Tabira, á donde se habia empeñado en ser conducido; y en cuanto á Rodolfo, que habia sido trasladado á la torre de su amigo Sanson de Artunduaga, si bien habia esperanza de salvarle, su herida era tambien gravísima. Además, habia visto caer, heridos ó muertos en la batalla, á otros muchos amigos y compañeros muy queridos; así es que estaba ébrio de cólera, y con su ejemplo hacia que los soldados exterminaran sin piedad á los fugitivos.

¡Con qué placer se hubieran estos detenido á descansar sobre la fresca hierba, á la sombra de los mimbres, de los chopos y de los nogales que se alzaban á la orilla del rio! Pero era preciso correr, correr siempre; correr sin un momento de reposo, sin volver el rostro, sin enjugar el sudor, sin apagar la sed devoradora. Aún así, era casi imposible salvar la vida.

Algunos la salvaron metiéndose entre los saucos en flor, los helechos y el escaramujo; ocultándose entre el follaje de los nogales arrastrándose á los cerros poblados de robles y subiendo á las copas de estos árboles frondosísimos.

A veces, la orilla que seguian los fugitivos se hacia impracticable, y tenian que vadear el rio y pasar á la orilla opuesta, para mas adelante tener otra vez que vadearlo por el mismo motivo. A ve-

ces, no había mas espacio llano que el pedregoso lecho del río, y tenían que correr por él luchando con la corriente, tropezando con los peñascos, hundiéndose en los agujeros, y ahogándose no pocos infelices en ellos. Llenas de miedo las ranas, sirenas de aquellos lugares, creían llegado el fin del mundo, é interrumpían su melodioso y variadisimo canto.

A la orilla del río aparecía de pronto alguna fresca y deliciosa praderita cubierta de lindas mayas y sombreada por valientes nogales. En los sitios descubiertos, veíanse, iluminadas por el sol, grandes alfombras de encendidas amapolas. En los lugares escarpados se ostentaban innumerables agabanzos, entre festones de hiedra y de vides silvestres. Las abruptas pendientes de los montes estaban cubiertas de centenarias encinas. Pero nada de esto veían los fugitivos. Solo veían á la Muerte; á la Muerte que venia pisándoles los ensangrentados talones, y blandiendo sobre sus cabezas la espantable guadaña.

Aquí el terreno se eleva bastante bruscamente, los fugitivos acortan el paso, bien á pesar suyo, y aumenta la matanza. En el punto en que mas tarde se alzó la casa consistorial de Arrancudiaga (1),

(1) Esta casa, que se levanta junto á la carretera de Bilbao á Pancorbo, ostenta en la fachada el escudo de la República, que es de oro con banda de sinople y ocho flanquis de oro en la bordura, que nos parece de sable, y decimos nos parece porque su color es indefinible. Lleva por divisa estos versos, llamémoslos así, que siento no poder presentar como modelo:

Rodrigo de Yúrreta hirió en la espalda á un fornido asturiano, y este, volviéndose con el furor de la desesperacion, le dió la muerte. Pero casi en el mismo instante, un herrero de Ubidea tendió al asturiano á sus pies, descargándole un tremendo golpe en la cabeza con su terrible barra de hierro.

A los nogales han sucedido los castaños y las hayas. El brezo y otras florecillas esmaltan de mil colores los verdes collados, y la madre selva, no contenta con servir de adorno, presta al ambiente su perfume embriagador. El valle se ensancha y se estrecha alternativamente, favoreciendo y dificultando la fuga de los vencidos. Hay un punto en que se convierte en desfiladero. Allí mueren á centenares.

¡Ah! ¡Cuántas madres esperaràn en vano á sus hijos queridos! ¡Cuántas pobres doncellas enloqueceràn al ver que sus novios no vuelven de la guerra!

Se habia ya puesto el sol para cuando los vizcaínos, hartos de sangre, llegaron á Lujaondo, en persecuimiento de los fugitivos, y divisaron á lo lejos la gigantesca é imponente muralla que forma la famosa peña de Orduña. La persecucion amainó un tanto.

Lope Fortun ya no mataba; no hacía mas que correr á rienda suelta. Empero su caballo tropezó

Arracendiaga por blason
tiene ardid y fortaleza,
con vencimiento y nobleza
nuestra generosa accion.

con un soldado que extenuado de fatiga y no pudiendo ya dar un paso, se habia tendido en el suelo esperando resignadamente la muerte. Con sorpresa mezclada de alegría, el candillo vizcaino reconoció en aquel soldado al príncipe Ordoño el Malo, y su primer idea fué acabar con tan implacable enemigo de los vizcainos. Alzó, pues, el ponderoso espadon, é iba á descargarlo sobre su cabeza; pero se detuvo, y dijo:

—No; no se dirá de mi que sin necesidad teñí mi espada en la sangre de un príncipe cristiano.

Y apeándose, y ayudando al casi exhausto Ordoño á levantarse, le dijo:

—Montad en mi caballo y poneos en salvo, señor: solo os suplico que me lo enviéis en cuanto os sea posible, pues téngolo en gran estima. Voy á dar órden de que cese la persecucion. Y no volvais jamás á llevar vuestras valientes huestes contra cristianos. Llevadlas contra los moros, que aun retienen las más feraces provincias de la peninsula. Nosotros os ayudaremos con todo nuestro poder á arrojarlos al África. Y yo os juro que no habrá en Leon, ni en Asturias, ni en Galicia, quien en esa noble empresa trabaje con mas ardor que Lope Fortun el Blanco.

Ordoño, sorprendido, apenas pudo balbucear algunas palabras de agradecimiento, y se alejó con la rapidez del rayo en el generoso corcel, que relinchó tristemente al alejarse de su dueño.

Entonces Zuria ordenó que cesáran la persecucion y la matanza, y golpeando con su espada el tronco de un corpulento roble que allí habia, roble que

marcaba en aquel tiempo el límite del Señorío, y que desde entonces fué llamado el árbol *Malato* (1), ó *golpeado*, exclamó:

—Cubiertos de sangre llegamos á este árbol que en señal de ello golpeamos, y los que en adelante osen traspasar ésta frontera nos verán llegar aquí del mismo modo.

Este es el hecho famoso á que se refiere aquel conocido y antiquísimo cantar enskaro que dice:

O doldurik eldu gunien
mallatu arbela onetera,
eta urren datozenak bere
alan ikusiko gaitubeba.

VIII.

¿Quién pintará el entusiasmo de los vizcainos despues de la victoria? Alzaron á Lope Fortun so-

(1) A la salida de Luyando por la carretera que conduce á Orduña, y al pie del monte de Luja, que dió nombre á la localidad, hay una cruz de piedra en cuyo pedestal se lee la inscripcion siguiente:

«Este es el sitio donde estaba el memorable árbol *Malato*, de que hablan las historias y la ley quinta del título primero del Fuero del muy noble y muy leal Señorío de Vizcaya, año de 1730».

Alguno ha leído erradamente 1780, y no ha sabido como explicarse esta quivocación, pues consta que este monumento conmemorativo se erigió en 1729; pero seguramente la colocacion de la cruz debió quedar terminada el año siguiente, y por eso se puso en el pedestal la fecha citada, que está escrita con bastante claridad.

bre su escudo, y lo pasearon por el campo á los gritos de ¡Vizcaya, Vizcaya, Vizcaya por Lope Fortun el Blanco! ¡Viva *Juan Zuria!* ¡Viva Lope Fortun, señor de Vizcaya!

De este modo fué aclamado caudillo y señor de Vizcaya el egregio hijo de Lope Fruiz, señor de Montalban; de este modo fué aclamado caudillo y señor de Vizcaya el valeroso Lope Fortun, conocido en adelante por *Juan Zuria*, que es lo mismo que *Señor ó Caudillo Blanco*.

Y Zuria, viendo colmados sus deseos, regocijábase pensando en los muchos y grandes bienes que podia hacer y haria á Vizcaya, y en el placer inmenso con que pondria, á los piés de su bella y adorada Estrella de Orendain, los gloriosos laureles que con su esfuerzo habia ganado.





TERCERA PARTE.

So el árbol de Guernica.



I.

Ya se acerca á su fin este verídico relato. Contómelo en su lengua misteriosa y dulcísima la rubia *maït-garri* que mora en los paradisiacos verjeles del insigne Duranguesado, y yo lo cuento ahora á mi modo, para honra y gloria de la nobilísima estirpe de Aitor, á la que he consagrado mi existencia.

¡Plegue á Dios que esta historia, leída en los honrados hogares de los montañeses euskaros, haga palpitár de gozo los tiernos corazones de las doncellas, avive la llama del amor pátrio en el hercúleo pecho de los mancebos, y haga que lágrimas de gozo rueden por las descarnadas y rugosas mejillas de los venerables ancianos!

Empecé esta historia á la sombra de los robles de Vizcaya, en la márgen deleitosa del río que despues de besar las plantas á la antigua Tabira, va á au-

mentar el caudal de Ibaizabal, y la concluyo lejos de aquella tierra bendita, a la sombra de los cidros y de los laureles, de los granados y de las palmeras, en la márgen florida del Segura orcelitano. Los poetas han cantado este rio de impetuosa corriente, que se desliza por entre glorietas de rosales y alamedas de gentiles palmeras; los poetas han cantado el rojo Segura, y bien merece el rojo Segura ser cantado; mas no se parece este rio, cuyas aguas cargadas de limo tienen un color amarillo rojizo, a los rios transparentes de mis amadisimas montañas.

Bella es esta tierra como el paraíso soñado por los sectarios de Mahoma, que durante siglos tuvieron en ella su predilecta morada; bella es esta tierra con su cielo azul, y su sol de fuego, y su vegetacion exuberante; bellas son las gallardas hijas de Murcia con sus frescos y húmedos lábios de grana, sus dientes blanquissimos, sus sedosos cabellos negros, sus aterciopelados ojos mas negros aun, sus largas pestañas, sus finisimas cejas divinamente arqueadas, sus morenas mejillas, y su sonrisa, capaz de iluminar la noche más oscura y de ablandar un corazon de pedernal.

Pero para mí hay mas belleza y poesia en las brumas del Norte, en el cielo cubierto de multiformes nubes, en los frescos y espesos jarales donde el negro mirlo deja oír su alegre canto. Más me gustan las virgenes del Norte, de cabellos de oro, de ojos azules, de mejillas de azucenas y de rosas.

Esta tierra es hermosísima; pero donde está nuestro tesoro allí está nuestro corazon, y mi tesoro está

en Vizcaya. Allí está la virgen dulcísima que reina en mi corazón, y cuya imágen bella no se aparta un instante de mis ojos. Bien puedo, pues, ya que mi pensamiento y mi corazón están en Vizcaya, terminar aquí el veracísimo relato que empecé á orillas del río de Durango.

II

—¿Qué te sucede, Rodolfo?—decía Lope Fortun *el Blanco* á su amigo el noble germano. Nunca te he visto tan risueño, y bendigo al cielo que ha disipado la negra nube que velaba tu noble frente.

—¿Acaso no debo estar alegre hoy que los vizcaínos, congregados so el roble de Guernica, se aprestan á confirmar la elección del ejército que te aclamó en Lajaondo, y á recibirtu juramento como caudillo y señor de Vizcaya? Confieso, sin embargo, que tengo también otros motivos para estar alegre; pero la historia es larga, y no puedo referirtela ahora que tienes que comparecer ante la asamblea.

—Cuéntame esa historia, amigo mío; cuéntame esa historia que ardo en deseos de saber. No me presentaré ante la Junta mientras no se me dé aviso de que se hallan en ella los representantes de todos los pueblos, muchos de los cuales no han llegado todavía.

—Escucha, pues, señor de Vizcaya.....

—Todavía no, Rodolfo. Aún no he jurado so el bendito roble, puesta la una mano sobre la cruz de mi espada y la otra en el glorioso pendon del Señorío.

—Escucha, pues, Lope Fortun, que ha llegado el

momento de revelarte el secreto que tantas veces has deseado saber.

»Yo me casé muy joven, y aunque nacido y criado á la orilla del Danubio, en la hermosísima tierra de Snabia, tomé por esposa á una joven de las orillas del Garona.

»Bella como un sueño de amor era Berta de Pom-pignac, y yo la amaba locamente; mejor dicho, la adoraba como á una deidad.

»Yo hubiera querido ser la redecilla que sujetaba sus abundantes y sedosos cabellos negros, la alfombra que hollaban sus lindísimos pies, el cinturón que ceñía su flexible talle, el vientecillo que hacía ondular sus flotantes rizos, la luz que brillaba en sus pupilas, el fruto que mordían sus blanquísimos y bien alineados dientes, el aire que respiraba, y la sangre que fluía por sus venas.

»La adoración, que solo se debe á Dios, habíala yo puesto en una de sus criaturas, y Dios me castigó de un modo terrible.

»Hallábame todavía sumergido en las dulzuras de la luna de miel, cuando una cruel enfermedad me postró en cama y me puso á las puertas de la muerte.

»Oton de Trautwangen, mi más amado amigo de la infancia, vino á verme y se quedó á mi lado. El y mi esposa fueron para mí cariñosos y solícitos enfermeros.

»A sus constantes cuidados debí sin duda mi restablecimiento; pero ¡ah! mejor hubiera sido que me hubiesen dejado morir. ¡Cuántas y cuán terribles amarguras me hubiesen ahorrado!

»Notaba yo entre Berta y Oton una cariñosa intimidad que me daba que pensar.

»Roía mi corazón el horrible gusano de los celos.

»¡Qué amargos días pasé entonces, encadenado por la enfermedad á mi triste lecho, y teniendo la certidumbre de que una infiel esposa y un falso amigo me cubrían de oprobio!

»Empero pronto llegó el desenlace, y el desenlace fué espantoso.

»Había yo ya recobrado la salud casi por completo, cuando un día noté que Oton y Berta permanecían demasiado tiempo juntos en el aposento inmediato.

»Sentí que la sangre ardía en mis venas, y que la sed de venganza me ahogaba.

»Dejé el lecho, vestíme apresuradamente, y con incierto paso penetré en el contiguo aposento, blandiendo en la diestra mano mi puñal.

»¿Qué no hubiera yo dado entonces por ser ciego y no ver lo que en aquel momento vieron mis ojos?

»Vi á Oton de Trantwangen en los brazos de mi esposa, y la nube de sangre que en aquel instante oscureció mi vista no me impidió llegar junto á ellos.

»¡Horrible debía yo estar entonces, y no sé si ellos al verme quedaron muertos de espanto. Es lo cierto que no opusieron la menor resistencia y que en brazos uno de la otra los cosí á puñaladas sin misericordia, gozándome en ver correr mezclada la humeante sangre de los dos miserables.

»Pocas horas después dejé aquella tierra en la que tanto había sufrido, jurando jamás volver á ella.

»Sabeis ahora, Lope Fortun, mi horrible secreto. Sabeis porqué, por una mujer desleal y perjura, juré odio eterno á todas las mujeres.

»Solo me resta relataros una historia más reciente y más agradable.

»No ignorais que, gravemente herido en la gloriosa batalla de Padura, fui conducido á la torre de nuestro noble amigo Sanson de Pagasartundua, casado con una rica hembra del linaje de Orendain.

»Pero no sabeis que alli encontré á su sobrina, la bella y dulce Aura de Orendain.

»Veo, Zuria, que vuestros labios se mueven ya para pedirme nuevas de su bellissima hermana Estrella. Pero Estrella no estaba en la torre. Parece que Aura es la sobrina predilecta de la esposa del infanzon de Pagasartundua.

»Aura fué mi enfermera, y la herida, curada por sus delicadas manos, fué rápidamente cerrándose.

»Pero mientras aquella herida se cerraba, otra más grande se abria en mi corazon. Pronto amé á Aura de Orendain mucho más profunda y tiernamente que habia amado á Berta de Pompignac.

»Dije mi amor á la bella Aura, y á mis tiernas palabras contestó ella con palabras más tiernas aún.

»Pero lo que me habia sucedido con mi esposa me habia hecho incrédulo y receloso. Creí que más que á mí amaba Aura á su gallardo primo Joanes de Pagasartundua, y del mismo modo que un dia dejé el lecho para sorprender á mi infiel esposa en brazos de un amante, dejé tambien el lecho esperan-

do encontrar á Aura, no en brazos de Joanes, pero sí en dulcísimo coloquio con él.

»¿Y dónde la hallé? Puesta de hinojos á los pies de un crucifijo, pidiendo á Jesús, con la voz entrecortada por los sollozos, que se apiadára de ella y de mí, y curára mi herida que aquel dia se había inesperadamente agravado un tanto.

»Despues de esa escena no debeis extrañar que me halle firmemente resuelto á dar mi mano, como ya he dado mi corazon y mi albedrio, á la dulce Aura de Orendain.

»Pero como vos, amigo mio, amais á su hermana Estrella, y como esta es muy digna de llevar la corona de Vizcaya, agrádame sobremanera la idea de que ambos enlaces podrian solemnizarse el mismo dia, en un mismo templo, y por un mismo sacerdote.»

—Nada sería tan grato á mi corazon, querido Rodolfo, y pláceme veros curado de vuestra atroz melancolia, de vuestra injusta prevencion contra la más bella y amable mitad del humano linaje. Pero creo que mi deber me ordena otra cosa. Sabeis que el noble y valiente conde Sancho Estiguiz, herido en Padura de un saetazo en la frente, fué conducido á su buena villa de Tabira y en ella entregó su alma á Dios á los pocos dias. Y sabeis sin duda cual fué su última voluntad. Próximo á exhalar el último suspiro, expresó su deseo de que el Duranguesado, que con grave mal para todos habia estado durante más de un siglo separado de Vizcaya, se reincorporára al Señorío, y que eso se hiciera casándose su amada hija y heredera Dalda con el señor que los vizcainos

habian alzado sobre el pavés despues de la victoria de Padura de Arrigorriaga. ¿Qué ha cer, Rodolfo? Mi corazon me dice que debo sacrificarlo todo en aras de mi amor á la doncella de Orendain; pero, como señor y caudillo de Vizcaya ¿no estoy obligado á servirla, y á sacrificarme por ella si es preciso? ¿Debo dejar escapar esta ocasion de hacer á mi amadisima pátria un servicio eminente? ¿Cuánto no importa á Vizcaya que vuelva á formar parte de ella la hermosa y nobilissima comarca en que se asienta la antigua Tabira? ¿Qué debo hacer, Rodolfo?

—El señor de Vizcaya debe desoir la voz de su corazon, y escuchar la grande y sacratisima voz del deber. Aquel á quien sus méritos y su fortuna han puesto á la cabeza de un pueblo, no debe dejarse dominar por sus pasiones. No es digno de regir los destinos de un pueblo hidalgo el que es esclavo de sus pasiones. Que el señor de Vizcaya solo sea esclavo del deber y del honor. Jamás ha dicho su amor á Estrella de Orendain, é ignora si ésta le ama. Por este lado está, pues, libre enteramente. Que Dalda Estiguiz sea señora de Vizcaya, y que los nobles durangueses sean otra vez vizcainos, para no dejar de serlo jamás.

—Teneis razon, Rodolfo. ¡Por Santa Maria! No se dirá de Lope Fortun *el Blanco* que dejó escapar tan propicia ocasion de servir á Vizcaya, aunque el dolor de verme separado para siempre de Estrella de Orendain me quite la vida. Antes morir con honra que vivir deshonorado.

En aquel momento, un hombre vino á anunciar

à Lope Fortun que la Junta le esperaba para aclamarle y recibir su juramento.

—Venid, amigo,—dijo Zuria.—Quiero presentarme á los vizcainos apoyado en vuestro brazo; en vuestro fuerte brazo, tan temido de los enemigos de Vizcaya. Venid, Rodolfo, y alegráos conmigo, que hoy se alza un nuevo sol para esta tierra, que va á ser la tierra de vuestra esposa y de vuestros hijos.

Pronto llegaron los dos caballeros al sitio donde estaban congregados los representantes de Vizcaya. Estos se reunían en aquel tiempo al aire libre, en torno del santo roble de Guernica, pues aún no se había levantado el templo de nuestras leyes.

Lope Fortun y Rodolfo fueron acogidos con entusiastas aclamaciones.

En cuanto se hubo restablecido el silencio, se oyó la voz sonora y vibrante del representante de Munda-ca, anciano marino de luengos y blancos cabellos, y de rostro atezado por el sol y por los vientos.

—Yo Ochoa Diaz de Betrokolo, hijo de Diego Lopez, debo empezar expresando á la Junta mi profundísimo agradecimiento por la insigne honra que me ha hecho mandándome hablar en nombre de ella, aunque mas que por mis escasos merecimientos me ha sido acordada en muestra de cariño y respeto á la noble república que represento, y que desde tiempo inmemorial tiene en esta angusta asamblea el honrosísimo asiento primero.

»Bien sabeis lo que el país espera de vosotros; bien sabeis porqué han sido convocados so el árbol

los caballeros, escuderos é hidalgos de Vizcaya, sus vecinos y moradores. Importa, en primer lugar, confirmar la eleccion unánime de todos los vizcainos aptos para llevar las armas, que despues de la gloriosa batalla de Padura alzaron por señor y caudillo de Vizcaya á Lope Fortun, apellidado *el Blanco*, hijo de Lope Fruiz, señor de Montalban. ¿Quereis por vuestro señor y caudillo á Lope Fortun *el Blanco*?

—¡Viva Lope Fortun! ¡Viva *Jaun Zuria*!— gritaron todos.

—Que el Sindico del Señorío— dijo el viejo lobo de mar— enarbole nuestro glorioso pendon, y reciba el juramento de nuestro caudillo y señor, á quien Dios proteja.

Reinaldo de Ansótegui, Sindico del Señorío, se adelantó tremolando el hermoso pendon de joyante seda blanca, en cuyo centro se veian el sagrado roble y el antiguo *lauburu*. Tambien, por complacer á Lope Fortun, que deseaba cumplir el voto que hiciera durante la batalla de Padura, se habian puesto al pié del roble dos lobos pasantes y escorchados, cebados en sendos corderos.

—Adelantáos, Lope Fortun *el Blanco*, hijo de Lope Fruiz, señor de Montalban— dijo con voz estentórea el Sindico.

Adelantóse Lope Fortun con gallardo continente, con el rostro sereno y los ojos brillantes, y con la cabeza descubierta. Llevaba sobre la blanca sobre-vesta una ramita de roble que momentos antes habia cortado del simbólico árbol.

—Arrodilláos, señor,—dijo el Síndico.—Poned la diestra mano sobre este pendon siempre glorioso y jamás deshonorado, y poned la otra mano sobre la cruz de vuestra buena espada.

Hizolo así Lope Fortun, y el Síndico prosiguió:

—Ahora, escuchad mis palabras atentamente, y responded con toda la sinceridad de vuestro corazón, pues este es el más solemne momento de vuestra vida.

Hubo un instante de silencio. La emoción de Zuria era profunda, y no era menor la de los circunstantes.

—¿Jurais—dijo el Síndico lentamente y recalcando sus palabras de un modo solemne—jurais defender la libertad y la independencia de Vizcaya?

—Sí juro—contestó Lope Fortun con firme voz.

—¿Jurais no enajenar, ceder ni trocar parte alguna del Señorío, y conservar el territorio en toda su integridad?

—Sí juro.

—¿Jurais guardar y hacer guardar los fueros, buenos usos, costumbres y libertades de Vizcaya?

—Sí juro.

Si así lo hicieréis, os premie Dios dándoos una larga y gloriosa descendencia, y haciendo que la paz reine en vuestro hogar, y que la victoria siga siempre vuestras banderas; pero, si quebrantais vuestro juramento, seais maldito de Dios como Sodoma y Górra, y Datan y Aviron, y descendiendo al infierno, permanezcáis siempre en él con Satanás y con Judas el traidor.

—Así sea—dijo Lope Fortun con voz no menos firme y clara que antes, y poniéndose en pié.

Entonces el Sindico desplegó el estandarte y gritó:
—¡Vizcaya! ¡Vizcaya! ¡Vizcaya! por Lope Fortun
el Blanco!

Y luego, hincando á su vez la rodilla en tierra, besó la mano á Lope Fortun. Todos los presentes hicieron lo mismo, recibiendo al caballero por su señor y su caudillo.

Oyóse de nuevo la sonora y agradable voz del representante de Mundaca.

—La eleccion de señor y caudillo ha ocasionado en Vizcaya no pocos disturbios, no pocos males, y puede en lo sucesivo ocasionar males tan grandes ó mayores. Yo creo que la asamblea desea evitarlos. ¿Quereis que el señorío de la tierra permanezca siempre en Lope Fortun y sus descendientes, prefiriendo en el mismo grado de parentesco los varones á las hembras y en el mismo sexo la persona de más edad?

Así lo acordó la asamblea unánimemente.

—Ahora,—dijo Ochoa de Betrokolo—en cumplimiento de una orden expresa de la asamblea, ruego al señor de Vizcaya en nombre de esta noble tierra, que cumpla la última voluntad del llorado conde Sancho Estiguiz, y que, casándose con su hija Dalda, reincorpore al Señorío el noble y bello condado de Tabira, que durante ciento catorce años ha formado estado aparte.

—Dispuesto estoy á dar mi mano á Dalda Estiguiz—dijo Jaun Zuria.—Así el Señor continúe dispensándome sus beneficios.

Entonces Ochoa de Betrokolo dijo, dulcificando sensiblemente su varonil acento.

—Adelántese, pues, la muy alta y muy poderosa y muy esclarecida señora doña Dalda Estiguiz, condesa de Tabira de Urazango, hija de Sancho Estiguiz, de la gloriosa estirpe de Aznar.

Adelantóse una gallardísima dama vestida de negro, cubierto el rostro con tupido velo, negro también, y rodeada de algunas doncellas enlutadas como ella.

Cuando la dama estuvo junto al señor de Vizcaya, el Sindico dijo:

—Dignaos alzar el velo, señora; y vean los vizcaínos el sol esplendoroso que se alza sobre Vizcaya, cual nuncio de venturas sin cuento.

Alzó la dama el velo, y Lope Fortun lanzó un grito de sorpresa al reconocer en ella á su adorada Estrella de Orendain.

—¿Vos aquí, Estrella? ¿Qué significa esto?

—Que en Murélagá tuve que pasar por hermana de mi amadísima Aura de Orendain, porque mi padre estaba entonces excomulgado, y su nombre inspiraba aversion y horror. Hoy puedo decir mi nombre con el corazón tranquilo y erguida la frente. La excomunion le fué levantada á mi padre y señor en su lecho de muerte, y tal fué el cristiano fin del conde de Tabira, que los mismos que le excomulgaron lo han hecho enterrar junto á su esposa Tida, en el templo de San Pedro de Tabira. Pero tal vez habeis oido ponderar la belleza de Dalda Estiguiz, y mis pocos encantos defraudan vuestras esperanzas?

—Al contrario, Estrella, ó Dalda, ó como querais que os llame. No creo que haya en el mundo otra mujer tan hermosa como vos, y desde que os vi os amé

con toda mi alma. No solo la corona de Vizcaya, sino la de la tierra toda podriais llevar dignamente sobre vuestra frente de diosa.

—Dad vuestro anillo á la condesa, señor—dijo el Sindico,—y queden celebrados vuestros solemnes esponsales. Y servios fijar el dia de vuestro enlace y el templo en que ha de celebrarse.

—Dentro de tres dias, en San Pedro de Tabira. Y la boda será doble, pues Aura de Orendain dará su mano á mi amado Rodolfo, al noble extranjero á quien Vizcaya debe amar tanto como al mejor de sus hijos.

Y mientras que Lope Fortun, despues de poner su anillo á la jóven y bella condesa, besaba respetuoso su lindisima mano, el mismo grito salia de todos los lábios, el mismo voto de todos los corazones.

—¡Viva Lope Fortun! ¡Viva *Jaun Zuria!*





POSTSCRIPTUM,

AL SR. D. FELIX DE URCOLA È IBARRA.

Querido Félix: Era en la primavera de 1886, y recorriamos juntos el deleitoso jardín cuya pérdida lloran todavía los hijos del Profeta.

No se puede decir que yo era un buen compañero de viaje; pues con frecuencia, en lugar de conversar con V., me entretenía en hacer versos, ó en escribir las últimas páginas de la precedente leyenda. Justo es, pues, que en desagravio vaya unido á ella su nombre de V.

Sirvan también estas líneas de testimonio de mi sincero y profundo cariño, y de recuerdo de aquellos inolvidables días.

Bilbao, Enero de 1888.

VICENTE DE ARANA.



APÉNDICE.

La casa consistorial de Arrigorriaga nada tiene de notable como no sea el escudo de armas empotrado en su fachada, armas que son iguales à las del Señorío de Vizcaya, y que, segun las crónicas, tienen su origen de haber visto Jaun Zuria en lo más recio de la pelea de Padura, atravesar el campo à dos lobos cebados en dos corderos. En el salon de sesiones de este edificio hay dos retratos pintados al óleo que no dejan de ofrecer algun interés. Uno de ellos se halla tan deteriorado que apenas pueden descubrirse sus rasgos: el otro representa al personaje que denota la siguiente inscripcion colocada en él:

«Lope de Vizcaya, corsario, robó à D.^a Maria, hija del rey de Escocia: al presente hubo en ella Jaun Zuria que fué desposado con D.^a Iníga, de D. Zenon, último duque de Cantàbria: fué primer capitán y caudillo de Vizcaya: venció en Padura de Arrigorriaga al infante D. Ordoño hijo del rey D. Alonso, el Magno, de Leon, en el año del Señor de 848 y echó de Vizcaya à los gallegos que la querian sujetar. Casó segunda vez con D.^a Dalda, señora de Durango, el primero que pintó en sus armas los lobos cebados.»

Delmas, *Guia de Vizcaya*, página 324.





